



Elsa V. Aguilar Casas

MANUEL EDUARDO
DE GOROSTIZA

PIONERO DE LA DIPLOMACIA MEXICANA



Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México
Secretaría de Educación Pública

MANUEL EDUARDO
DE GOROSTIZA
PIONERO DE LA DIPLOMACIA
MEXICANA

Elsa V. Aguilar Casas



SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA

Secretario de Educación Pública
José Ángel Córdova Villalobos



INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Director General

José Manuel Villalpando

Consejo Técnico Consultivo

Rafael Estrada Michel, María Teresa Franco,
María del Refugio González, Josefina Mac Gregor,
Álvaro Matute, Santiago Portilla,
Ricardo Pozas Horcasitas, Salvador Rueda Smithers,
Antonio Saborit, Enrique Semo,
Fernando Zertuche Muñoz.

MANUEL EDUARDO
DE GOROSTIZA
PIONERO DE LA DIPLOMACIA
MEXICANA

Elsa V. Aguilar Casas

INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

México, 2012



ÍNDICE

Dirección editorial: Lourdes Martínez Ocampo
Cuidado de la edición: Ángeles Beltrán Nadal
Diseño y diagramación en formato electrónico:
Adriana Pulido Solares, Gabriela Barrientos Simán

Imagen de portada: Retrato de Manuel Eduardo de Gorostiza, óleo sobre tela, fotografía de Armando Be-tancourt. Tomada del libro *Escritores en la diplomacia mexicana*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1998.

Primera edición en formato electrónico, 2012
ISBN 978-607-7916-85-7

Derechos reservados de esta edición:
© Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México (INEHRM)
Francisco I. Madero núm. 1, San Ángel,
Del. Álvaro Obregón, México, 01000, D. F.
www.inehrm.gob.mx

Hecho en México

INTRODUCCIÓN	7
SEMBLANZA	15
El exilio en Londres	20
El literato	24
LOS PRIMEROS CONTACTOS DE MÉXICO CON EL MUNDO. GOROSTIZA SE ACERCA AL GOBIERNO MEXICANO	29
La política internacional hacia Hispanoamérica	30
El gobierno mexicano busca relacionarse en el extranjero.	37
Primeros contactos con Inglaterra	37
La primera representación oficial de México en Gran Bretaña	43
Gorostiza se presenta como mexicano	44

SERVICIOS DIPLOMÁTICOS DE GOROSTIZA	
EN EUROPA	51
Primera misión diplomática	53
Representante de México	
en Gran Bretaña	64
El papel de Cuba en el reconocimiento	
de la Independencia mexicana	73
Los planes de reconquista	79
El nuevo intento español	81
La participación de Gorostiza	88
Concluye la labor en Europa	95
EPÍLOGO	
En México	101
BIBLIOGRAFÍA	115
Fuentes de archivo	123



INTRODUCCIÓN

Desde una lectura ingenua de la historia se podría creer que, con la consumación de la independencia de México en 1821, quedaban resueltos todos los problemas de quienes vivían en estas tierras. Pero la realidad no era tan simple. La verdad es que, terminada la guerra de Independencia, los mexicanos se enfrentaron a un cúmulo de problemas de toda índole: imperaba el caos en todo el territorio nacional, no había dinero y era necesario organizar un sistema de gobierno que pusiera orden en la joven nación.

Además de los múltiples problemas internos, había asuntos de política externa que urgía resolver. El primero de ellos, el reconocimiento de la independencia mexicana. En este trabajo se aborda el tema de

la política exterior mexicana y de uno de los personajes fundamentales de nuestra diplomacia en aquella época: Manuel Eduardo de Gorostiza.

Uno de los años trascendentales para México en ese sentido fue 1824, cuando comenzó a gestarse lo que será el entramado político, económico y social de la nación mexicana.

Si bien las fuerzas políticas se organizaban y comenzaban a trazar el camino a seguir, la consolidación del estado y el desarrollo de la sociedad dependían de practicar con acierto tanto la política interior como la exterior. Era indispensable estabilizar la situación interna, pero también se necesitaba hacer efectiva la presencia de México como país soberano en el mundo, y en especial en el continente europeo, para lograr el reconocimiento de la independencia lo más pronto posible. Pero ¿quiénes representarían a México en esta importante tarea?

En esa época la figura del diplomático de carrera, como la conocemos hoy, no existía. Y tampoco abundaban hombres que contaran con práctica en la política exterior. Por



ello, es importante hacer justicia a quienes en esa época desempeñaron el papel de representantes de México en el extranjero. En esos albores de la diplomacia mexicana destaca Manuel Eduardo de Gorostiza, quien, a lo largo de la primera década de la vida independiente de México, se encargó de negociar acuerdos y tratados encaminados a obtener el reconocimiento de la independencia de nuestro país.

Reevaluar la tarea de pioneros diplomáticos como él, y de otros poco estudiados, opacados quizá por los grandes líderes políticos, equivale a profundizar en un periodo muy creativo de la política exterior mexicana.

Después de profundizar en la vida del personaje y de hacer un balance de los estudios realizados sobre su vida y obra, fácilmente se puede concluir que Gorostiza es más recordado como escritor que como diplomático, pues desde el siglo XIX, durante el XX, y aun en lo que va de esta centuria, han predominado los estudios referentes al análisis de su obra como literato. Ese es el motivo inspirador de esta investigación: analizar la trayectoria política de Gorostiza

para así tener una perspectiva más completa de un hombre que, además de contribuir a la cultura del país, también dedicó mucho tiempo de su vida a trabajar por México en el ámbito político.

Una de las primeras publicaciones que dan cuenta de la vida de Gorostiza es el *Diario curioso de México* (1854), por José Gómez. Más tarde, José María Roa Bárcena sacó a la luz un trabajo dedicado específicamente a la vida del personaje: *Datos y apuntes para la biografía de don Manuel Eduardo de Gorostiza* (1876). Ya en el siglo xx, la Secretaría de Relaciones Exteriores publicó el libro de Antonio de la Peña y Reyes titulado *Don Manuel Eduardo de Gorostiza y la cuestión de Texas* (1924), y Lota Spell escribió un artículo que versa sobre el mismo tema del territorio texano, *Gorostiza y Texas* (1957). Armando De Maria y Campos publicó *Manuel Eduardo de Gorostiza y su tiempo. Su vida y obra* (1959); se trata de un trabajo extenso, aunque reproduce gran parte de la información escrita por José María Roa Bárcena, y su esencia es la transcripción



íntegra de numerosos documentos sobre el personaje.

La Secretaría de Relaciones Exteriores publicó *Cancilleres de México* (1992), obra en la que Ángela Moyano colaboró con un esbozo biográfico del personaje.

La *Cartilla Política* de 1994 contiene una nota biográfica escrita por Alonso Lujambio, quien ofrece un conciso panorama sobre las fuentes que se pueden consultar para estudiar a don Manuel Eduardo, entre las que destaca un apunte biográfico escrito en España por Eugenio de Ochoa (1838) y un trabajo realizado por Florencio del Castillo (1851).

En este recuento historiográfico es preciso hacer hincapié en el artículo publicado en la revista *Historia Mexicana* titulado: “Para la biografía de Gorostiza” (1958), de Lota M. Spell, el cual está dedicado a hacer una severa crítica a Armando De Maria y Campos, quien recurrentemente afirma que, para realizar el trabajo sobre Gorostiza, tuvo en su poder documentos inéditos, lo cual Spell desmiente. La autora muestra graves errores en que incurrió De Maria y Campos y ofrece las referencias que comprueban la

seriedad de su propio trabajo. En la misma revista —de la cual Gorostiza fue fundador—, Spell publicó un artículo sobre la Biblioteca Nacional (1958) en donde ofrece información acerca de él, refiriéndose de manera especial a las actividades que desempeñó cuando se estableció en México, después de ser diplomático en Europa.

Para finalizar este repertorio de las obras sobre la vida de nuestro personaje, deben mencionarse algunos textos que no han sido considerados por ninguno de los escritores que lo estudiaron durante el siglo xx. En primer lugar, y por la trascendencia que tuvo esta obra, mencionaremos *La vida en México* (1843), de la marquesa Calderón de la Barca; *El libro de mis recuerdos* (1852), en el que Antonio García Cubas ofrece algunos datos sobre la muerte de Gorostiza, y la nota incluida por Francisco Sosa en *Biografías de mexicanos distinguidos*. Además, tenemos otro texto que, aunque breve, destaca porque es obra del poeta José Juan Tablada, quien publicó una serie de biografías por encargo de la Secretaría de Relaciones Exteriores en 1911.



De estas referencias, la obra de la marquesa Calderón de la Barca es, sin duda, la más ilustrativa sobre los aspectos poco estudiados del personaje. En los dos volúmenes encontramos noticias referentes a Gorostiza y su familia, lo cual resulta muy valioso pues, si bien no se trata de datos básicos sobre sus funciones públicas, sino más bien de algunas de sus actividades sociales y domésticas, el valor radica en que se trata de información que no aparece en ningún otro texto.

Entre las obras publicadas a principios del siglo xxi sobre este destacado político y literato veracruzano, se encuentran *Manuel Eduardo de Gorostiza en su contexto dramático* (2009), de Felipe Reyes Palacios. El nombre de la obra lo dice todo; está dedicada a la faceta creativa del personaje. Más recientemente, Alonso Lujambio publicó *Retratos de familia. Un dramaturgo liberal, un historiador católico y un espiritista madeirista* (2011), en el que dedica un capítulo a Manuel Eduardo de Gorostiza, ilustre antepasado suyo.



SEMBLANZA

Pedro Fernández de Gorostiza, nombrado gobernador de Veracruz e inspector general de las tropas de la Nueva España, llegó a playas mexicanas el 8 de agosto de 1789 en el navío de guerra *San Ramón*, el mismo en el que viajaba Juan Vicente Güemes y Horcasitas, conde de Revillagigedo, nuevo virrey de la Nueva España. Venía acompañado por su esposa, doña María del Rosario Cepeda, regidora honoraria de la ciudad española de Cádiz, y por sus dos hijos, Francisco y Pedro Ángel.

Apenas unos meses después de que la familia se instaló en territorio novohispano, el 13 de octubre de 1789, nació en Veracruz Manuel María del Pilar Eduardo, el benjamín de la familia, quien trascendería en la historia



como político y literato. Antonio de la Peña y Reyes expresó sobre él:

Uno de los hombres más notables que hemos tenido, cualquiera que sea el punto de vista desde el cual se le estudie. Militar, literato, político, filántropo, diplomático, patriota, hacendista; hombre de pensamiento y de acción, partidario ardiente de la libertad, defensor del decoro y de la soberanía de su patria, lo mismo con la pluma que con la espada, dueño de una cultura tan vasta como sólida, su vida fue una de esas raras existencias, luminosas desde la juventud hasta la ancianidad, que pueden y deben servir de orgullo a un país, y de ejemplo constante y glorioso a los hijos de éste.

La familia Gorostiza ocupaba una de las posiciones más importantes de la jerarquía novohispana, pues el cargo de don Pedro Fernández de Gorostiza era del más alto nivel y lo otorgaba directamente el monarca español, ya que se trataba de la persona que gobernaba el puerto más importante del virreinato. Según Roa Bárcena, durante el mandato del patriarca hubo cambios e innovaciones en Veracruz: “se establecieron

buques guardacostas para perseguir a los contrabandistas y piratas en el Golfo de México, y se dio principio a la obra de introducción de las aguas del río de Jamapa a Veracruz”. Sobre la madre de Manuel Eduardo de Gorostiza, María del Rosario Cepeda, el mismo Roa Bárcena afirma que “se daba por descendiente de Santa Teresa de Jesús, que llevaba el mismo apellido”. Siendo muy joven la distinguida mujer, “sostuvo algunos actos literarios, hablando en griego, latín, italiano y francés; respondió a más de 300 preguntas de historia y tradujo una oda de Anacreonte y una fábula de Esopo”. Esta muestra de genialidad le había valido el reconocimiento de las autoridades de su ciudad natal, Cádiz, y el nombramiento de regidora perpetua de la misma.

En noviembre de 1794 murió el patriarca de la familia, razón por la cual doña María del Rosario se marchó con sus hijos a España. Manuel Eduardo no llegaba aún a los 5 años de edad.

Hay diversas versiones sobre los estudios realizados por Manuel Eduardo. Algunos de sus biógrafos afirman que fue destinado a la

Iglesia; sin embargo, Lota M. Spell afirma exactamente lo contrario; dice que el mismo Gorostiza se encargó de declarar que desde los siete años se crió en compañía de José María Torrijos, quien se educó en la casa de pajes del rey Carlos IV, en un ambiente no muy piadoso, asegura la autora. Esta teoría parece más acertada o, en todo caso, las actividades juveniles del personaje son más cercanas a esa idea, pues pronto se involucró en la profesión militar.

Con la ayuda de sus hermanos, quienes eran pajes de la familia real, Manuel Eduardo obtuvo una plaza de cadete, justamente cuando estaban por desencadenarse acontecimientos bélicos trascendentales en la tierra de sus padres. Era el año de 1808, aquel en que los problemas entre España y Francia llegaron a un momento crítico con la invasión napoleónica a la península. Parecía muy difícil hacer frente a las fuerzas de Napoleón Bonaparte, sin embargo, muchos hombres se armaron para la lucha. Gorostiza, según algunas fuentes, ya como capitán del cuerpo de granaderos, se enfrentó a las tropas del emperador francés y “peleó tan bizarramen-



te que recibió varias heridas, una de ellas en el pecho causada por bala, que le dejó algo encorvado”.

Aunque realmente dedicó poco tiempo de su vida al servicio de las armas, demostró su valor y decisión para combatir al invasor francés. A pesar de su entereza y de sus ganas de hacer frente al enemigo, en 1814, cuando ostentaba ya el grado de coronel, las secuelas de las batallas pasadas se dejaron sentir en su estado físico y decidió abandonar la milicia; a partir de ese momento, se dedicó a escribir. El giro que había dado su vida al cambiar tan súbitamente el fuego de las armas por la pluma y el tintero no implicó, sin embargo, el abandono de los asuntos públicos y de las ideas liberales, y precisamente por causa del liberalismo cuya bandera enarbolaban él y muchos hombres de aquella España, tiempo después viviría el destierro.

En cuanto a la vida sentimental del personaje, son pocos los datos que se tienen, salvo que en 1811 se casó con una madrileña de nombre Juana de Castilla, con quien procreó cuatro hijos: Luisa, Eduardo, Rosario y Vicente.

El exilio en Londres

En enero de 1820 los liberales españoles, encabezados por Rafael de Riego, se pronunciaron a favor de la Constitución de 1812 y la restablecieron el 31 de mayo de ese mismo año. Pero apenas dos años después, durante el Congreso de Verona, las potencias europeas acordaron restaurar el absolutismo en España, lo que trajo consigo una incesante persecución hacia quienes habían apoyado el movimiento liberal.

Con motivo de tales trastornos, y siendo Gorostiza un miembro activo del partido liberal, se le confiscaron sus bienes y fue expulsado de España, de aquella tierra que tanto había defendido. Viajó por varias ciudades hasta que se instaló en Londres, donde se dedicó a hacer lo que bien sabía hacer: escribir. A propósito de la estancia de Gorostiza en Inglaterra, Ignacio Manuel Altamirano en algún momento se refirió a él como “Apóstol de las libertades humanas [...] que después mereció formar parte de ese grupo inmortal de proscritos en Londres, que más tarde debía dispersarse en



la península o en la insurreccionada América española, para ejercer el apostolado de las ideas nuevas y contribuir al arraigo de la independencia de las Repúblicas nacientes”.

El exilio en Londres es un tema que reviste gran importancia para la situación política de Europa en esos momentos y también, de manera muy especial, para entender algunos aspectos de la formación de la Hispanoamérica contemporánea. La capital inglesa resultó ser el punto de reunión donde se encontraron las dos comunidades de habla hispana, la española y la americana; se convirtió en la ciudad protagonista de importantes actividades políticas y económicas de los hispanoamericanos desde 1800 hasta 1830.

Gran Bretaña era en esa época la primera potencia del mundo, por lo que muchos veían a su capital como la mejor plataforma desde la que se podrían defender ideales de autonomía, de fomento cultural, de promoción social, de programas liberales, etcétera. Entre la gente que halló refugio en Londres, hubo enviados diplomáticos americanos que buscaban respaldo político para

emprender o para continuar la lucha independentista y llevaban encomiendas como la de conseguir ayuda económica para la compra de material militar; también hubo un buen número de españoles que encontraron asilo en esa ciudad, sobre todo, una gran parte de la emigración de 1823.

Esos liberales españoles se dedicaron a estudiar y a publicar libros, artículos y revistas. La patria fue una constante de sus escritos; abordaron temas de actualidad política y cultural, buscando mediante ello informar a sus compatriotas, pero poco podían hacer por el progreso político y por la educación en España, pues no había posibilidad para la difusión de sus trabajos. Sin embargo, la relación con la gente que llegaba de América representaba una posibilidad para la interacción y la participación en los planes de aquellos.

Mientras en América los triunfos militares insurgentes sobre los españoles garantizaban el fin del dominio metropolitano, en la capital inglesa los representantes de los Estados hispanoamericanos desarrollaban una vehemente campaña de propaganda



política y periodismo en busca del apoyo necesario para lograr el reconocimiento de la independencia, especialmente por parte de Inglaterra.

Ahora bien, a pesar de la intensa actividad que se desplegaba en Londres, México no tuvo allí ningún representante sino hasta años después de terminada la lucha independentista, a diferencia de otros países americanos que habían envidado misiones desde que iniciaron su lucha. En consecuencia, no hubo quien emprendiera una campaña propagandística. La única excepción fue fray Servando Teresa de Mier, quien colaboró con el sevillano José María Blanco, editor de *El Español*, periódico que defendía la independencia de Hispanoamérica; durante esa estancia, conoció al revolucionario Francisco Javier Mina. Pero, pese a esa presencia, faltaba gente de México que se dedicara a establecer contacto con el gobierno inglés y con los grupos mercantiles, financieros e intelectuales de Londres, lo cual era prioritario para ganar aliados a favor de la independencia.

El literato

Durante su estancia en Londres, adonde arribó en 1821, Gorostiza consagró la mayor parte de su tiempo a la literatura. Esta faceta de su personalidad no puede pasar inadvertida, puesto que él consiguió ingresos sólo gracias a su creatividad literaria. En la capital inglesa, Gorostiza escribió sobre la evolución teatral española desde fines del siglo XVIII hasta principios del XIX; también publicó cuatro estudios sobre el teatro moderno español titulados “On the Modern Spanish Theatre” en *New Monthly Magazine*, trabajo que le ganó el respeto de los editores de esa publicación, quienes se referían a él como uno de los más distinguidos escritores hispanos asilados en Inglaterra. La prensa inglesa reconocía su labor como literato; *The Times*, por ejemplo, elogió sus virtudes artísticas. Cabe señalar que en esa época ya gozaba de una buena reputación como escritor en Madrid, gracias a obras teatrales como *Indulgencia para todos*, *Don Dieguito*, *Tal para cual* y *Las costumbres de antaño*.



Algunos escritores y críticos literarios como Francisco Blanco García, Adolfo Friedrich Graf von Shack y Francisco Pimentel, conde de Heras, entre otros, se ocuparon de analizar la obra literaria de Gorostiza. Aunque este libro tiene por objetivo principal reevaluar su labor política y diplomática, puesto que —como ya se mencionó— se le ha estudiado casi en su totalidad como escritor, se referirán algunos comentarios de varios eruditos, con la intención de mostrar mejor su personalidad y trayectoria de vida.

Marcos Arroniz, en *Manual de biografía mexicana* (1859), escrita apenas ocho años después de la muerte de Gorostiza, sostiene que “como dramático es el primero de nuestros escritores modernos, y el que ha reunido más dotes para la comedia, por su estilo castizo y adecuado, por sus gracias admirables, por la pintura exacta de nuestras costumbres, por la crítica agradable que hace de los defectos sociales”. La obra *La literatura española en el siglo XIX* (1891), de Francisco Blanco García, dice sobre Gorostiza que: “Negarle originalidad, travesura y fuerza

de observación, sería faltar a la justicia, ni es posible tampoco despreciar las gracias y sales de buena ley que animan constantemente el diálogo...”. Y afirma, también, que *Indulgencia para todos* es quizá la más importante de su teatro, porque en ésta se advierte claramente la influencia de Lope de Vega y de Moratín, y porque define la forma de escribir del autor.

En *Reseña histórica del teatro en México, 1538-1911* (1961), Enrique de Olavarría y Ferrari expresó que, además de sus famosas comedias, “produjo notables escritos y notables discursos, que, a la vuelta de algunas persecuciones y destierros, le valieron el general aprecio de los españoles más señalados en la literatura”.

Un año después de su llegada a Londres, en 1822, Gorostiza publicó en París *Teatro Original* —el cual contenía las obras ya citadas— y se lo dedicó a su maestro Moratín. Tres años más tarde, imprimió en Bruselas *Teatro escogido*, en el que reprodujo *Indulgencia para todos* y *Don Dieguito*, presentando dos piezas nuevas: *El jugador* y *El amigo íntimo*. Además de la comedia,



durante su estadía en Londres escribió sobre diversos temas en algunos periódicos de aquella capital. En sus artículos revelaba sus inclinaciones políticas, pues escribía especialmente contra el absolutismo español.

Entre tanto, México se había independizado y, aprovechando esta situación, el escritor ofreció sus servicios al país que lo vio nacer. Su solicitud fue aceptada con gusto, y así comenzó su quehacer diplomático, primero como agente privado a título provisional en Holanda en 1824, luego como encargado de negocios en Bruselas, ministro en Londres y en Berlín, y finalmente, como enviado extraordinario en París, contribuyendo de manera directa al establecimiento de relaciones del gobierno mexicano con esos y otros países del mismo continente.

Gorostiza supo combinar sus actividades políticas en Europa con su profesión literaria, es decir, no abandonó la pluma, y pronto presentó otras obras, como *Don Cómodo o el buen amigo* (1826), que le dedicó a Vicente Rocafuerte, quien en 1825 se desempeñó como secretario de la legación diplomática

mexicana. En el último año de estancia en Londres, cerró su producción teatral en Europa con la obra *Contigo pan y cebolla* que, según varios expertos, es la mejor de sus producciones.



LOS PRIMEROS CONTACTOS DE MÉXICO CON EL MUNDO. GOROSTIZA SE ACERCA AL GOBIERNO MEXICANO

El 1° de julio de 1824, Gorostiza dirigió una carta a José Mariano Michelena, representante de México frente al gobierno británico, quien recientemente había llegado a Londres. En esa misiva, el escritor explicó las razones por las cuales estaba en el exilio, pero el asunto medular del documento fue que se identificó como un hombre nacido en tierras de la otrora Nueva España y ofreció sus servicios al gobierno mexicano.

La presentación de Gorostiza llegó en buen momento, pues eran días en que se requería gente capaz de representar a México ante los países europeos, y él contaba con esos elementos: era un hombre culto y reconocido por su obra como escritor, además, había sido miembro de algunos círculos literarios, tenía la ventaja de dominar la lengua inglesa;

era educado y de buenos modales, pues vivió durante alguna época en la corte española, y conocía bien el ambiente político del viejo continente, de manera que inmediatamente fue considerado como un candidato ideal para las labores diplomáticas.

La política internacional hacia Hispanoamérica

Cuando México finalmente dejó de ser colonia española, quizá el pensamiento de muchos mexicanos se concentraba en imaginar el rumbo que se tomaría a partir de entonces y en que, una vez cortados los lazos que lo unían con la madre patria, el país se podría colocar entre los primeros del mundo. Las expectativas eran alentadoras, la fe y la esperanza, grandes. Se confiaba de manera especial en la generosidad con que la naturaleza trataba al territorio mexicano, en que la riqueza y variedad de los recursos que se encontraban a lo largo y ancho del suelo nacional serían la llave del éxito para el país.



Esta postura cobró gran fuerza en la mente de los mexicanos, y en ello tuvo mucho que ver la idea que de estas latitudes habían proyectado algunos estudiosos que cruzaron los mares para llegar a las *exóticas* tierras de la Nueva España. Esos trabajos de reconocimiento y descripción de terrenos, fauna, flora, minerales y demás estimularon, sin lugar a duda, el interés de los europeos que buscaban nuevos mercados y ciertas materias primas que aquí se hallaban en abundancia, como la plata. El caso más destacado de dichos trabajos científicos es el *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, de Alexander von Humboldt.

Sin embargo, la situación no sería tan fácil para México, pues, además de tener que ordenar al país después de tantos años de guerra, había que hacer frente a una serie de problemas que agitaban al mundo.

En 1820, el poder que gobernaba Europa se concentraba en los tres grandes personajes del momento: el zar Alejandro I, el ministro británico Castlereagh y su homólogo austriaco Metternich. Sin embargo, había grandes diferencias entre ellos. Uno de los temas

que distanciaba cada vez más a Inglaterra de sus aliados continentales era el del posible reconocimiento de la independencia de las naciones hispanoamericanas. Pese a que España no dejaba de solicitar apoyo para recuperar los territorios que perdía en América, Inglaterra tenía el predominio sobre los otros países europeos: era la gran fábrica del mundo, poseía navíos de línea y una marina mercante de gran capacidad, además de ser la cabeza del mundo liberal; por eso, las ex colonias españolas en América buscarían su respaldo.

Desde que los países recién independizados de España establecieron los primeros contactos con el gobierno británico, este fue muy preciso sobre el curso que daría a sus relaciones con aquellos y marcó en gran medida la pauta que posteriormente seguirían otros gobiernos europeos. En general, la política inglesa se orientaba a preservar el orden y el equilibrio que se establecieron en el Congreso de Viena, pues ello propiciaba el clima de paz y tranquilidad que favorecía



a su industria, lo cual era indispensable para mantener en buenas condiciones sus negocios internacionales, aspecto fundamental de su economía.

Las relaciones con Gran Bretaña también dominaron el primer periodo de la historia de México. Nuestro país tenía un lugar especial para el imperio británico como proveedor de plata; era abastecedor de algunos importantes productos para sus manufacturas, y otro factor muy importante para tener la atención de esa potencia era la cercanía con Estados Unidos. Sin duda, los motivos comerciales eran los que más interesaban a los británicos, por eso la actitud hacia estas latitudes. De hecho, ya desde 1815, cuando la política europea se había reorganizado tras la derrota de Napoleón, Gran Bretaña comenzó a ocupar un lugar importante en todas las regiones que se liberaban del yugo español.

Al percatarse de que el presidente de Estados Unidos, James Monroe, tenía intenciones de conceder el reconocimiento a sus vecinos del sur, el ministro británico, Castlereagh, desechó sus dudas y dio a conocer su posición ante las independencias

hispanoamericanas, afirmando que “una porción tan vasta del mundo no puede, sin que se desquicien los intercambios de la sociedad civilizada, continuar por mucho tiempo sin algunas relaciones reconocidas y establecidas”. De modo que, cuando en 1822 se reunió la Santa Alianza en el Congreso de Verona para acordar su intervención a favor de la monarquía absoluta en España, el duque de Wellington, quien representaba a Gran Bretaña en esa reunión, presentó un memorándum en el que comunicaba la necesidad de su gobierno de reconocer “la existencia *de facto* de alguno o más de estos autocreados gobiernos” para evitar la piratería e ilegalidad prevalecientes ante la imposibilidad española de poner el orden en sus colonias. La reunión ignoró el documento y el representante británico la abandonó, con lo cual la Santa Alianza quedó rota.

George Canning, ministro británico del Exterior que tomó posesión en 1822, cortó definitivamente los lazos ingleses con la Santa Alianza en 1823, reiteró la oposición de su país a una intervención en Hispanoamérica



en apoyo a las pretensiones de Fernando VII, y reconoció la independencia de las nuevas Repúblicas americanas. Los lineamientos seguidos por su gobierno se dieron a conocer en un documento conocido como el Memorándum Polignac, publicado en 1824. En él se afirmaba que la política inglesa no consistiría en el empleo de la fuerza, sino en la organización de una conferencia mediante la cual podría presionarse a España a reconocer la independencia de sus antiguos dominios.

El método británico elegido para aceptar a los gobiernos nacientes fue la negociación de tratados comerciales, ya que la ratificación de ellos contribuía al proceso de reconocimiento. Para los países americanos, ser reconocidos por la corona británica era de vital importancia por dos razones: por el influjo comercial que había ganado en el continente y porque su predominio naval podía representar la protección contra los intentos españoles de reconquista.

En el caso de México, apenas establecido el Imperio Mexicano, el informe de la Comisión de Relaciones Exteriores del 29 de diciembre de 1821 juzgó que Gran Bretaña

se encontraba “[...] dentro de las relaciones señaladas por la naturaleza, por los límites que tenía por el noroeste con el país. Sólo las relaciones con la ex metrópoli y las que se deseaban con el Vaticano eran tan importantes como las británicas. En el primer caso, por la importancia de lograr el reconocimiento, pues hasta los británicos la consideraban única fuente de legítima existencia; las de la Santa Sede, se consideraban una ineludible necesidad espiritual”. De manera que pronto se emprendieron las acciones necesarias para acercarse a aquel gobierno.

En Gran Bretaña y la independencia de América Latina (1812-1830), el historiador Charles K. Webster, divide en cuatro periodos el proceso que siguieron las relaciones de Gran Bretaña con los países hispanoamericanos a partir de que éstos lograron su independencia: el primer periodo entre 1810 y 1819, definido por la política de mediación; el segundo de 1820 a 1824, cuando la estrategia inglesa consistió en preparar el reconocimiento de la independencia —esta fue la etapa en que el ministro Castlereagh realizó los



preparativos necesarios para una aceptación completa de la emancipación de los nuevos Estados, pero su muerte impidió concretar el proyecto; Canning, su sucesor, no contó con el apoyo suficiente sino hasta 1825, año en que la corona reconoció la autonomía de México—; Gran Colombia y Argentina, este es el tercer periodo. Finalmente, tenemos el cuarto periodo entre 1825 y 1836, etapa en la que Gran Bretaña intentó mediar, con el fin de lograr la reconciliación de España con sus ex colonias.

El gobierno mexicano busca relacionarse en el extranjero.

Primeros contactos con Inglaterra

En diciembre de 1822, el gobierno inglés envió a Patrick Mackie a indagar sobre México para dar cuenta de cuáles eran las condiciones políticas y económicas en que se hallaba esta nación. Varios de los aspectos que más interesaba conocer eran saber cuán estable era el estado de cosas prevaleciente, cuánta disposición había de quienes manejaban el gobierno para establecer relaciones

amistosas y comerciales con Gran Bretaña, cuál era la actitud de México hacia España y cómo se veía el hecho de que Inglaterra fungiera como mediadora.

Enterado de la presencia del enviado inglés y de sus pesquisas, Lucas Alamán, ministro de Relaciones Interiores y Exteriores de México, formuló las respuestas para el momento de las pláticas entre mexicanos e ingleses. Se le planteó a Mackie que el reconocimiento de la independencia del territorio mexicano, comprendía desde las fronteras de Guatemala hasta las de Estados Unidos, incluido el castillo de San Juan de Ulúa; que México solicitaba que se le reconociera la forma de gobierno que decidiera adoptar; que Inglaterra garantizara protección a México en contra de cualquier pretensión extranjera y que concediera un préstamo de 150 000 libras esterlinas mensuales durante un año, además de la venta de armamento para 50 000 infantes y 22 000 caballos en la fecha en que se firmara un tratado entre ambas naciones.

La ruptura inglesa con la alianza europea y los puntos establecidos en el Memorándum



Polignac abrieron paso al reconocimiento de la independencia mexicana e impidieron que los franceses desarrollaran un esquema monarquista. En tales circunstancias, México consideraba a Gran Bretaña como su único aliado y confaba en que, en un momento crítico y pese a sus declaraciones de neutralidad, vendría en su ayuda.

El 31 de julio de 1823, en Jalapa, se reunieron por primera vez el general Guadalupe Victoria y Patrick Mackie, representantes de México y Gran Bretaña, para iniciar las pláticas y negociaciones que pudieran llevar al establecimiento de las relaciones diplomáticas entre ambos gobiernos. Eran esos los primeros contactos oficiales que se daban entre los dos gobiernos. El día 6 del mes siguiente, el representante mexicano ofreció respuesta a todas las preguntas que su homólogo inglés le había planteado. Un día después, el general Victoria formuló sus proposiciones.

Gran Bretaña contestó que sí defendería a México ante cualquier potencia y que sí proporcionaría el auxilio que se le pedía, haciendo referencia al préstamo solicitado.

Sin embargo, en esas discusiones, surgió un desacuerdo cuando Mackie pidió que México no firmara tratados de comercio con ninguna otra potencia hasta que se observara el resultado de las negociaciones con su gobierno. El ministro de Relaciones, Lucas Alamán, estuvo de acuerdo con todos los puntos, excepto en este último, pues veía que se obligaba a México a hacer concesiones concretas, mientras que Inglaterra sólo presentaba propuestas de carácter general.

Los intereses que movían a los representantes de ambos gobiernos para continuar con las negociaciones eran: por parte de México, que el general Guadalupe Victoria veía en el apoyo inglés la vía para contrarrestar el poderío creciente de Estados Unidos y las constantes amenazas españolas de recuperar sus posesiones en América, según informes que se recibían del agente de México en Inglaterra, Francisco de Borja Migoni. Por su parte, el gobierno inglés no se proponía establecer relaciones que fueran más allá del intercambio político y comercial, es decir, no intentaba incorporar a México a sus dominios, pero tampoco



estaba dispuesto a permitir que el recién independizado país formara parte de otra potencia; sugería, en todo caso, la posibilidad de que se estableciera una monarquía bajo la dirección de algún príncipe español.

Preocupado por obtener un préstamo de ocho millones de pesos para sus gastos, el gobierno mexicano había encargado esa negociación a Migoni, cuya principal tarea era conseguir el dinero e información referente a lo que allá se pensaba de México. El asunto se prolongó porque el agente mexicano encontró muchas dificultades en la negociación del préstamo. Finalmente, tras las pláticas y negociaciones, la solicitud del dinero se concretó, haciéndose oficial el 9 de febrero de 1824.

Los ingleses cedieron un poco con ese préstamo, pero no dejaban de avanzar en sus propósitos de afianzar una relación que fuera especialmente útil a sus intereses comerciales. Con esa intención, en diciembre de 1823, llegó a México una comisión del gobierno británico formada por Lionel Hervey, Charles O'Gorman, Henry George Ward y tres personas más. Hervey traía

consigo unos cuestionarios para recabar información sobre México. Hubo encuentros y charlas, negociaciones y acuerdos, que dieron como resultado, el establecimiento oficial de las relaciones diplomáticas entre Gran Bretaña y México en 1824.

Henry G. Ward, uno de los integrantes de aquella comisión, se quedó a vivir en México durante tres años, viajó, exploró y observó el territorio, la sociedad, las costumbres, la política, y escribió un libro donde narra los detalles de su paso por suelo mexicano, *México en 1827*. Ward elabora una descripción de las características del territorio mexicano. Refiere los límites, la estructura geológica y el clima. Su trabajo es un informe sobre la joven nación. Se ve que ésa era la función que se le había asignado, pues todo lo que él fuese capaz de aportar sobre este tema tendría suma utilidad, ya que había gran especulación en cuanto a la riqueza de las materias primas que se pudieran hallar. No sólo escribió sobre la riqueza natural, sino que se aventuró a exponer las buenas y las malas posibilidades de la inversión. Decía: “México no puede ser un país manufacturero



y probablemente no intente serlo. Sus minas y su agricultura le permitirán gozar y llevar a su propia puerta los lujos de la civilización más avanzada”. En una de las conclusiones que ofreció a su gobierno con relación a México dijo: “He demostrado que los recursos del país son indiscutibles y que no sólo existen las simientes de su grandeza futura, sino que han empezado a desarrollarse en grado considerable. Sólo se necesita tranquilidad interna para que lleguen a la madurez”.

La primera representación oficial de México en Gran Bretaña

Así las cosas, urgía contar con la gente necesaria para exponer los intereses de México en el continente europeo. Si bien apenas se tenía contacto con un gobierno, ese era un gran paso. Durante el gobierno del presidente Guadalupe Victoria, se comisionó al primer grupo que representaría a México en el extranjero, encabezado por José Mariano Michelena como ministro plenipotenciario en Londres; lo acompañaban Vicente Ro-

cafuerte, como secretario, y Tomás Murphy, como subsecretario e intérprete. Tenían frente a ellos una gran tarea. Las principales funciones eran las de conseguir préstamos y negociar con otros países europeos el reconocimiento de la independencia de México. Por disposición del gobierno, según consta en documentos oficiales conservados en el Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México, Michelena sería el único “[...] encargado para autorizar, continuar, retirar a las personas nombradas, nombrar nuevas o manejar, según entendiere convenir al bien de la nación, cualquier transacción de empréstitos, compra de buques y armamento”.

Gorostiza se presenta como mexicano

Todo parece indicar que, cuando Michelena se estableció en Londres, entró en contacto con los hispanos exiliados en esa ciudad, pues en julio de 1824, escribió al gobierno mexicano y expuso los casos de varios hombres que se acercaron a él en busca



de algún tipo de ayuda. Uno de ellos fue Gorostiza, quien solicitaba ser considerado como ciudadano mexicano.

El escritor le dirigió una carta a Michelena en la que se identificaba como mexicano; en ella resumía su vida y, al mismo tiempo, exponía los trabajos y los cargos que había desempeñado en España, así como las razones por las cuales había salido de ese país.

Serenísimo Señor: Nací en Veracruz el 13 de octubre de 1789, donde mi padre se hallaba a la sazón de Gobernador, y donde yace enterrado. Vine a España de edad de cuatro años, y apenas alcancé la prevenida por la ordenanza, entré a servir como cadete. Capitán ya de granaderos cuando la invasión francesa, hice en seguida una gran parte de la guerra de la Independencia, y creo que con alguna distinción. Tuve, sin embargo, que retirarme al cabo: porque ni mis heridas ni la endebles de mi constitución física, me permitieron continuar en ejercicio tan activo. Desde entonces ni he tenido otro carácter público ni lo he solicitado. Sin embargo, he sido bastante dichoso para haber podido desde mi rincón, servir la causa de la Libertad europea, ya como mero ciudadano, ya

como escritor. Debo también a entrambas circunstancias la honra de que se me haya proscrito en mi patria adoptiva, y de que se me haya confiscado cuanto tenía. Creo, señor, que V. A. habrá adivinado desde luego el porqué me he creído obligado a importunar su atención con unas menudencias tan insignificantes como lo son en efecto, cuantas tengan relación conmigo. Ausente treinta y un años hace de mi verdadera patria, y sin contar en ella ni un pariente, ni un amigo, ni una pulgada de arraigo, ¿podía yo ser tan neciamente vano que me figurara bastar sólo el que yo me firmase en esta exposición para que V. A. supiese quien se la dirigía?, No, señor; no creo que vale tanto mi oscuro nombre, y por eso, y únicamente por eso, me he atrevido a entrar en aquellos detalles. —Mexicano, pues, y rotos hoy los vínculos que me ligaban a la que fue cuna de mis padres, mi deber y mis principios justamente me impelen a ofrecer a la República, por medio de V. A. mi homenaje y mis estériles votos, aunque ardentísimos por su futura prosperidad. Dígnese V. A. admitirlos. Nada pido, porque, no habiendo podido hasta ahora emplearme en nada en servicio de mi patria, a nada tengo derecho. Pero si ella cree que mis débiles talentos pueden serle de alguna utilidad,



disponga de ellos y de mi vida como guste. No me ha quedado ya otra cosa que ofrecer en sus aras. Tampoco puedo hacer menos. —Nuestro Señor guarde a V. A. muchos años. Londres, 10 de julio de 1824.— Serenísimo Señor. —Firmado.— Manuel Eduardo de Gorostiza.

Esta carta de presentación no pudo haber llegado en mejor momento, pues siendo el objetivo primordial de Michelena hacer efectiva la presencia de México ante los gobiernos europeos, necesitaba gente que prestara sus servicios a México. Viendo un buen candidato en aquel hombre nacido en Veracruz que de pronto llamaba a las puertas de la legación, el representante de México en Londres le escribió inmediatamente al ministerio de Relaciones Exteriores para plantear el ofrecimiento de Gorostiza. En la nota enviada pedía instrucciones sobre la respuesta que debía dar al solicitante y destacaba acerca de éste que “[...] sus conocidos talentos y literatura creo que serían muy útiles a México si se le proporcionase[n], como desea, ocasiones de acreditarle su adhesión”.

La respuesta que recibió Michelena, el 17 de noviembre de ese año de parte del oficial mayor encargado del despacho de Relaciones, Juan B. Raz y Guzmán, autorizaba al ministro a “proporcionar a don Manuel Eduardo de Gorostiza los auxilios que necesite para que venga a este país” y a proporcionarle “su transporte de manera que no excite el celo de los otros”.

Ante tal contestación, Michelena insistió en recomendar a Gorostiza. Le escribió al secretario de Relaciones Exteriores, Lucas Alamán, el 31 de agosto de 1824, proponiéndole que el gobierno nombrara uno o dos cónsules para algunos de los principales puertos de Europa, y que considerara la solicitud del escritor. Pero consciente de que ese trámite no sería ágil y ante la necesidad de personal mexicano en aquellos lugares, no esperó a que llegara la respuesta y por su cuenta comisionó a Gorostiza para que se hiciera cargo de algunos asuntos del gobierno de México. Aunque el nombramiento que otorgó no era exactamente el de cónsul, que se le solicitaba a Alamán, el plenipotenciario mexicano hacía uso de los plenos poderes que le había dado



el Supremo Poder Ejecutivo para establecer las relaciones diplomáticas y mercantiles convenientes a la nación.

En el documento que notificaba el cargo de Gorostiza, Michelena asentó “[...] he venido en comisionar al ciudadano de origen mexicano Manuel Eduardo de Gorostiza, para que pase a la corte del Reino de los Países Bajos para manifestar la buena disposición para establecer relaciones amistosas y de conveniencia mutua con todas las naciones del Globo; y hallando la misma en el gobierno de Holanda, combine y acuerde con él los medios de comenzar las negociaciones”.

Michelena tomó una decisión que le brindó grandes satisfacciones y excelentes resultados a su gobierno. Se desconoce la reacción del presidente Victoria y del ministro Alamán al conocer la iniciativa de aquel, pero es un hecho que, con el transcurrir del tiempo, estarían muy complacidos con el desempeño del nuevo miembro de la legación mexicana. Es difícil saber hasta qué grado era sincero el interés de Gorostiza por trabajar por el bien de México, ni cuán real era su



SERVICIOS DIPLOMÁTICOS DE GOROSTIZA EN EUROPA

preocupación por el futuro de aquella tierra que no había vuelto a pisar en tantos años y de la que tal vez no conservaba ni el más mínimo recuerdo. Cabe preguntarse por qué no buscó antes algún vínculo con la tierra donde nació para tener contacto y trabajar por ella. Sería acaso que, estando en España el escritor, contaba con trabajo y estabilidad y, por lo tanto, no tenía el apremio de ser aceptado como ciudadano mexicano? Seguramente, ante la difícil situación que enfrentaba en el exilio y con la obligación de mantener a una familia y teniendo como único ingreso lo que le dejaba su colaboración como escritor en algunas revistas, se le presentó la oportunidad de trabajar para el gobierno mexicano como la alternativa para los

problemas que vivía. Es imposible conocer con certeza la honestidad de los intereses que impulsaban a Gorostiza y que provocaron ese acercamiento tan súbito hacia México; sin embargo, tras conocer la trayectoria del personaje, me atrevo a decir que no importa si en ese momento Gorostiza actuó sólo por razones personales. Lo importante es que, a lo largo del resto de su vida, se involucró plenamente en los asuntos de México como cualquier ciudadano responsable y cumplió como tal, deseoso de participar en la consolidación de su país como nación. Luego, con el paso del tiempo y ocupado en varios asuntos públicos, ya no intentó volver a España. Los diferentes cargos que ocupó lo mantuvieron siempre vinculado a su país natal.



Primera misión diplomática

El gobierno mexicano por fin contestó a Michelena, después de casi un año, sobre el caso de Gorostiza. En carta del 2 de marzo de 1825, firmada por Lucas Alamán, se le comunicaba la admisión de los servicios del escritor y se le daba la libertad de darle la labor que él considerara conveniente.

Así las cosas, Michelena comisionó a Gorostiza a ir a Holanda para conocer la disposición de ese país para establecer relaciones con México. Se le encargó averiguar lo que en aquel país se pensaba de México, enterarse de las noticias que allí se tenían de la nueva nación o, dicho en términos coloquiales, “tantear el terreno” para saber si se entablarían relaciones binacionales o no.

Tal vez aquí cabe preguntarse por qué se pensó en primera instancia en enviarlo a los Países Bajos, y no a potencias como Francia o Prusia, por ejemplo. Las razones, según las propias palabras de Michelena, eran el “influjo mercantil de Holanda en el norte de Europa, el carácter honrado de sus habitantes, la liberalidad de sus instituciones

y la ilustración de su gobierno [...], y porque también había sido ‘víctima del gótico dominio y cruel Inquisición de España’”.

Más allá de la calidad humana de los holandeses, Michelena sabía perfectamente que ése era un reino con una importantísima actividad mercantil, lo cual sería muy conveniente para México, pues afirmaba que ellos buscaban dónde colocar sus productos y los mercados mexicanos se abrían poco a poco al mundo.

Cuando Gorostiza se trasladó a La Haya, de inmediato se puso en contacto con Londres. Comunicó su llegada a aquella ciudad y comenzó a enviar informes de la primera impresión que recibió al pisar esa tierra y de lo que allí se decía de México, que era justamente el primer objetivo de su misión. A pesar de que prácticamente acababa de llegar, se dio cuenta de que la falta de noticias referentes a América en general provocaba gran ignorancia sobre lo que pasaba en realidad.

Luego viajó a Bruselas, desde donde dirigió una nota al conde de Rheede, ministro de Negocios Extranjeros del rey de los



Países Bajos, Guillermo I, solicitando que le concediera una cita para darle a conocer comunicaciones muy importantes que haría a su gobierno de parte de la República de México.

En una nota de Gorostiza a Michelena, fechada en La Haya el 29 de septiembre de 1824, refiere lo ocurrido en conferencia con el Conde de Rheede: el diplomático holandés le preguntó si estaba suficientemente acreditado y en qué calidad, a lo que el enviado de México contestó que, si no se le habían extendido credenciales, fue porque se ignoraba bajo qué título sería recibido, pero que tendría esas credenciales tan pronto como se supiera los términos en que deberían estar concebidas, y que entre tanto presentaría el nombramiento de Michelena, quien tenía amplias facultades.

Gorostiza habló entonces ampliamente de la situación en México, de sus recursos, sus esperanzas y sus necesidades. Insistió sobre la conveniencia mutua de las relaciones entre los Países Bajos y México, expresando que el objeto de su misión era solicitar al rey Guillermo I el reconocimiento de la

independencia, y el establecimiento de relaciones convenientes para el bienestar de ambos pueblos.

El conde de Rheede, siempre enfatizando que lo que decía a Gorostiza era meramente su opinión particular, respondió que el reino de los Países Bajos era una potencia demasiado secundaria para tomar la iniciativa del reconocimiento de uno de los nuevos Estados de América, aunque así conviniera a los intereses del reino. Le explicó que bastaba con mirar la posición topográfica de su país en Europa y sus recursos nacionales para convencerse de la imposibilidad de que hiciera por su cuenta lo que otros Estados más poderosos no habían hecho aún. Eso sí, expresó su confianza en que el gobierno de los Países Bajos se apresurara a efectuar dicho reconocimiento tan pronto como lo hiciese una nación influyente, como Inglaterra u otra semejante, lo cual le parecía que sucedería en muy corto plazo, sobre todo con respecto a México, que se había constituido sólidamente.

En el mismo documento, Gorostiza comentaba a Michelena sus opiniones sobre



el encuentro; le decía que el gobierno de los Países Bajos nunca sería el primero en reconocer la independencia de México, pues se consideraba muy débil para rebasar las decisiones de las grandes potencias del continente. Sin embargo, Gorostiza conocía el interés del rey, Guillermo I, por fomentar la industria y el comercio de sus súbditos, así como la protección que se otorgaba a todo lo que pudiese promover la exportación de artículos producidos en el territorio. Sabía también de la reciente formación de una Sociedad de Comercio, de la cual el mismo monarca era accionista. En fin, tanto por observación propia como por algunos informes que le proporcionaron personas que él consideraba “muy influyentes en la marcha de este gobierno”, estaba bien enterado de varios temas sobre ese país, y por consiguiente, sabía que la mejor manera de provocar mayor interés en los Países Bajos hacia México era a través del comercio.

Para Manuel Eduardo, la mejor forma de proceder consistía en no descartar la cuestión del reconocimiento de la independencia, haciendo referencia constante a ella pero sin

presionar demasiado ni provocar decisiones apresuradas mientras no se tuviera la certeza de que ésta cumpliría las expectativas del gobierno mexicano. Su apuesta era conseguir que se enviaran cónsules o comisionados holandeses a México y que se recibiera a los mexicanos en ese reino.

El 7 de octubre, Gorostiza sostuvo otra conferencia con el ministro representante de los Países Bajos, de la cual resultó que el rey Guillermo I autorizaba al conde de Rheede para que continuara en contacto con el representante de México. Ese mismo día, Rheede volvió a tocar el punto del reconocimiento de la independencia de México, evidenciando su convicción y la de su monarca de que hacerlo era un acto de justicia. Manifestó también los deseos que su monarca tenía de establecer relaciones de mutua conveniencia con México y, como prueba de su buena voluntad, le comunicó que un representante de su gobierno, Enrique Guillermo Quartel, tenía instrucciones para ir a Guatemala y a México, luego de pasar por Colombia. Las instrucciones de Quartel serían las de



entablar contacto directamente con el gobierno mexicano. Gorostiza respondió que no creía necesario aguardar el resultado de aquel viaje para que ambos gobiernos establecieran un primer acercamiento oficial con el nombramiento de comisionados y cónsules.

En una tercera entrevista con Gorostiza, el 11 de octubre de 1824, el conde de Rheede le comunicó que acababa de instruir al representante de su reino en Londres para que se reuniera con Michelena y conversara sobre la formalización de las siguientes comunicaciones entre ambos gobiernos. Como las autoridades mexicanas tenían mucho interés en que los ingleses tuvieran buenas referencias de lo que sucedía en el país, y para reafirmar su imagen como nación independiente, en este mismo encuentro con el ministro holandés, Gorostiza le mostró un ejemplar del Acta de la Federación Mexicana, le anunció el nombramiento del presidente y del vicepresidente mexicanos, y le presentó un panorama del rumbo que seguiría México tras la proclamación de la Constitución.

El representante de Holanda en Inglaterra era Antonio Ricardo Falk, con quien Michelena celebró una conferencia el 28 de octubre de 1824. Falk aseguró al ministro mexicano que el reino de los Países Bajos seguiría la marcha de Inglaterra en los asuntos concernientes a México, puesto que su posición continental no le permitía otra cosa, y que no podían ir solos a la cabeza de un negocio tan delicado, pues, de hacerlo, a su comercio le acarrearía grandes perjuicios. Michelena respondió que, en vista de las circunstancias, por el momento bastaba mantener las incipientes relaciones con Inglaterra como estaban y que, en cuanto a los cónsules y demás agentes, México recibiría con agrado lo que ese gobierno decidiera, bajo el concepto de la reciprocidad. Falk concluyó diciendo que la bandera mexicana sería recibida y considerada por Holanda como amiga, lo mismo que la holandesa lo sería por México.

La respuesta de este funcionario era casi idéntica a la que había dado el conde de Rheede. En ese sentido, se continuó con el plan de Gorostiza de dedicarse de lleno a los



asuntos comerciales y seguir tratando el tema del reconocimiento de manera muy sutil. Por otro lado, se tomaron las medidas necesarias para conseguir que alguna de las grandes potencias otorgara el reconocimiento y provocar así que las que se consideraban menores siguieran los mismos pasos. Por lo tanto, la mejor opción era encauzar todos los esfuerzos hacia el Reino Unido, pues, siendo la primera potencia del mundo, sus acciones respecto de los nuevos Estados americanos serían seguramente imitadas por el resto del continente europeo.

Los avances de Gorostiza en los Países Bajos fueron bien vistos en México, según informó el ministro Alamán, quien en carta a Michelena decía que el presidente Victoria veía con entusiasmo la disposición de aquel reino y que resultaban muy satisfactorias las declaraciones hechas por los ministros del rey al señor Gorostiza. Y continuaba comunicando la satisfacción con que el mandatario veía “el tino, prudencia y acierto con que Gorostiza ha dirigido este delicado negocio”.

El 12 de febrero de 1826, fue nombrado encargado de negocios de la República en el reino de los Países Bajos. Pero no sólo desempeñó fielmente aquella primera labor que se le había encomendado, sino que, durante el tiempo en el que permaneció en los Países Bajos, entró en comunicación con otros países y viajó a ellos.

Su trabajo como representante del gobierno mexicano se vio coronado con la firma de un Tratado de Amistad, Navegación y Comercio entre México y los Países Bajos, fechado el 15 de junio de 1827. El tratado está formado por 14 artículos y uno adicional, mismos en los que se establecieron los lineamientos que regirían las relaciones y el intercambio comercial entre los dos gobiernos firmantes.

Sin duda, este logro fue fruto del trabajo de muchos hombres, pero también es un hecho que los conocimientos y la habilidad de Manuel Eduardo de Gorostiza, además de la destreza con que se conducía en las cortes europeas, fueron determinantes para el éxito de esos primeros negocios diplomáticos de la joven nación.



En cuanto a la situación de este y otros de los primeros diplomáticos mexicanos, desde principios de 1826, se recibían en México informes en los que comunicaba las dificultades económicas por las que pasaba. Hablaba de lo complicado que resultaba mantener a una familia numerosa cuando el sueldo rendía tan poco en un país como en el que residía. Su salario ascendía a ciento cincuenta pesos mensuales, con los cuales, decía, lo único que le sobraban eran las angustias. Sin embargo, no dejaba de insistir, no desmayaba en sus tareas, y los resultados eran evidentes.

Mientras que el gobierno mexicano se veía envuelto en serios problemas internos, hombres como Gorostiza trabajaban en otras latitudes para beneficiar al país mediante acuerdos y tratados comerciales. Si bien éstos resultaban atractivos por sí mismos por el fomento mercantil que podían traer consigo, lo eran más porque funcionarían como un medio indispensable para conseguir el reconocimiento de la independencia, que era la prioridad del gobierno.

Representante de México en Gran Bretaña

Otro momento sumamente importante en la vida de Gorostiza, quizá uno de los más trascendentes, se dio en junio de 1829, cuando se le nombró encargado de negocios ante el gobierno inglés. Asumió su nuevo cargo el 4 de septiembre. Un año después, en agosto de 1830, fue nombrado ministro plenipotenciario y se le otorgaron facultades para concertar tratados de amistad, navegación y comercio con cuanta nación europea creyera conveniente. Su sustituto en los Países Bajos fue Sebastián Mercado.

La importancia del nombramiento radicaba en que, como se ha dicho reiteradamente, Gran Bretaña era la primera potencia del mundo y, en consecuencia, del trabajo que ante ese gobierno desempeñaran los funcionarios mexicanos dependerían, en buena medida, las decisiones que los ingleses tomarían para con el gobierno mexicano, mismas que, sin duda, influirían en la actitud de otros gobiernos hacia México.



Cuando Michelena se separó de la representación de México en Londres, quedó al frente de la misma Vicente Rocafuerte, quien fungía como secretario de dicha legación. Michelena representó dignamente a México, llevando la voz del país ante diversos gobiernos europeos y despertando el interés de estos por la joven nación. Rocafuerte también desempeñó una importante labor para México, siendo además uno de los más destacados precursores del hispanoamericanismo. Sin embargo, desde diciembre de 1828, había solicitado permiso para separarse de las funciones que tenía a su cargo, y era necesario colocar en ese puesto a una persona capaz de seguir los pasos de sus predecesores para no aflojar el ritmo de trabajo establecido, para no causar pérdidas, para no retroceder en los logros obtenidos. En tales circunstancias, las miradas se volvieron hacia Manuel Eduardo de Gorostiza. En el texto que José María Bocanegra, secretario de Relaciones Exteriores del gobierno de Vicente Guerrero, comunicó al consejo de gobierno que el presidente designaba a nuestro personaje como ministro, con el



carácter de encargado de negocios cerca de Su Majestad Británica, decía: “Este individuo tiene dadas pruebas de patriotismo, sus luces son bastante conocidas; y el gobierno está satisfecho de la conducta que ha observado como su agente diplomático en la corte de los Países Bajos”.

Inmediatamente se aprobó dicho nombramiento y se le comunicó la noticia a Gorostiza y al ministerio británico de Negocios Extranjeros. El mismo día, el presidente Vicente Guerrero expidió y firmó las cartas credenciales correspondientes. El nuevo encargo que el gobierno mexicano depositaba en don Manuel Eduardo llevaba consigo la confianza de que sabría materializar los deseos y los intereses del país. El mismo Guerrero hablaba de las cualidades de ilustración, probidad, patriotismo y celo con que contaba Gorostiza y lo hizo del conocimiento de Jorge IV, soberano del Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda, por medio de una nota para ponerlo al tanto de la nueva designación, fechada el 5 de junio de 1829.

La noticia de su nuevo nombramiento fue una gran alegría para Gorostiza. Quizá es algo que no tiene mayor relevancia, pero en su respuesta al ministro de Relaciones, el 14 de agosto de 1829, se manifiestan algunos rasgos de su carácter, lo cual aporta más elementos para tener un perfil más completo de su personalidad.

Cuál no fue mi sorpresa y cuáles no fueron los sentimientos de gratitud que conmovieron mi corazón al saber a mi llegada por los papeles públicos y por la correspondencia que había recibido el día anterior el Sr. Rocafuerte, la nueva honra que he merecido del Excmo. Sr. presidente, y que tanto excede mis pobres merecimientos. ¿Cómo puedo yo ahora agradecer tanto favor y no responder a tamaña confianza? Ambas cosas son imposibles; pero en fin, haré lo que pueda, y llegaré hasta donde alcancen mis débiles esfuerzos, contando siempre con la indulgencia de mis venerados jefes. Entre tanto pido a V. E. encarecidamente se digne presentar mis homenajes al Excmo. Sr. presidente, y asegurarle de todo mi agradecimiento. [i] Ojalá que desear servir bien a su patria bastara

para servirla bien! Entonces pocos habría que la sirvieran mejor que yo.

Una vez instalado en Londres, Gorostiza se encontró con muchos problemas. Recibía las oficinas, según sus propias palabras, en estado “bastante lastimoso”, y afirmó que se necesitaría mucho tiempo y mucho trabajo para poner los papeles en orden. Informaba que no había libros, ni registros ni índices, “los borradores andan sueltos, otros se han extraviado”. Esta condición resulta hasta cierto punto comprensible si consideramos que la representación mexicana en Gran Bretaña se hallaba sin ministro desde hacía unos meses y Francisco Facio, a cargo desde la marcha de Vicente Rocafuerte, estaba prácticamente solo al frente de todos los asuntos que ahí se despachaban.

Gorostiza fue presentado ante George Hamilton-Gordon Aberdeen, ministro de Negocios Extranjeros del gobierno inglés, pero no ante rey. Esta situación le provocó cierta inquietud, pues temía que por alguna simple variante en los términos utilizados para su nombramiento no se admitiera el



carácter de su investidura. Es decir, se le había designado ministro encargado de negocios, y era bien sabido, por lo menos por él, que en Europa sólo se reconocía como representantes a aquellos que portaban el título de ministros plenipotenciarios. No se trataba de portar títulos más rimbombantes, sino de que ese contratiempo podría restar seriedad a sus acciones ante la corte inglesa, todo lo cual lo manifestó en cartas dirigidas a Bocanegra, a quien convocaba a corregir esa circunstancia. Reiteraba que, para él, la cosa resultaba “indiferente”, que no buscaba mayor sueldo ni mayor privilegio, pero no quería exponer los negocios de México y por eso insistía en que se diera una solución.

Su petición acabó por tener eco en agosto de 1830. El Senado de la República Mexicana recibió la propuesta de que las nuevas credenciales que se expidieran a Gorostiza fueran con el carácter de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario. El día 25, se aprobaron los nuevos términos de su nombramiento y todavía en el mismo mes, el vicepresidente encargado del Poder Ejecutivo, Anastasio Bustamante, expidió

el documento y las cartas credenciales correspondientes. Se le otorgaban, pues, plenos poderes para tratar con las potencias europeas con las que México aún no había establecido relaciones, y para que firmase con ellas tratados o convenios de amistad, comercio y navegación.

En la misma fecha en que se le otorgaron los referidos poderes, se le dirigió el pliego de instrucciones generales y particulares para el cumplimiento de su misión. En primer lugar, se le reiteraba el buen concepto que el gobierno tenía del trabajo que hasta ese momento había desempeñado. Y a continuación, siendo la legación en Gran Bretaña la más importante para México, además de la de Estados Unidos, se le enumeraban sus tareas, entre las cuales la prioridad era gestionar el reconocimiento de la independencia del Estado mexicano “[...] mediante la celebración de tratados de amistad, comercio y navegación, primordialmente de aquellas potencias que como la Francia y la Prusia han tenido ya algunas relaciones con la república”.



Gorostiza estaba también facultado para que, con la celebración de un tratado, llevara a buen fin los tratos ya adelantados con Rusia y Suecia, así como procurarlos con la Confederación Helvética y todas las demás potencias europeas, valorando especialmente la disposición en que pudiera hallarse Austria, pues, aunque ésta representaba poco en lo referente a transacciones mercantiles, resultaba muy importante en el aspecto político, ya que el gobierno de los Habsburgo se había consolidado luego de la derrota de Bonaparte, como protagonista de la “Restauración” europea.

En relación con España, el gobierno había limitado las funciones de Gorostiza exclusivamente a continuar las negociaciones referentes al término de la guerra o suspensión de hostilidades entre México y aquel reino; de manera que, si llegaba a enterarse de alguna decisión positiva surgida desde Madrid, debía responder que él carecía de facultades, y avisar inmediatamente a México para que se le dieran indicaciones. En caso de que hubiera disposición de los gobiernos de Prusia, Austria o Francia para

fungir como mediadores con la España y que ésta decidiera el reconocimiento de la independencia, la indicación era darle curso a esa circunstancia, pero sin descuidar la negociación directa con estas potencias.

Mediante esas instrucciones, se enviaban a Gorostiza las reglas generales que había de seguir para negociar con los gobiernos europeos. Esas disposiciones dejan clara la estrategia de política exterior de México ante aquellas naciones, es decir, se negociarían tratados o convenios siempre y cuando se reconociera al país como independiente; se tomarían como base los acuerdos existentes con otras naciones, como Inglaterra o los Países Bajos, con el objetivo de dar uniformidad a todos los pactos que se celebraran, evitando, paralelamente, conceder el calificativo de más favorecida a ninguna nación y, después, se establecería la libertad recíproca de ejercer el comercio, entre otros asuntos.

Así, pues, Gorostiza quedó encargado de vigilar los intereses de la nación mexicana y de guiar las relaciones que se negociaban con otros países. Desde Londres se debían tratar



múltiples asuntos con el resto del continente. Como ya se dijo antes, Gran Bretaña era para México “la puerta de entrada” al continente europeo.

El papel de Cuba en el reconocimiento de la Independencia mexicana

Damos un salto geográfico, pero no nos alejamos de la diplomacia, para abordar un tema que durante muchos años fue punto medular de la política internacional mexicana, esto es: el papel que la isla de Cuba jugó, por su importancia geopolítica y su estrecha relación con España, en la independencia de México y su afianzamiento como nación.

Mientras que algunas potencias se demoraron en fijar su posición con respecto a la independencia de México, en 1830 el diplomático Gorostiza escribió un folleto titulado *An Englishman, Cuba or the policy of England. Mexico and Spain with regard to that island*. Esa publicación formó parte del plan ideado por dicho personaje para obligar a aquellos gobiernos a manifestarse con

respecto a la presencia de fuerzas españolas en Cuba. Aquí la historia.

La estratégica ubicación geográfica de las islas del Caribe representó durante el siglo XIX un lugar donde se llevaba a cabo un juego de poder entre las más importantes potencias del mundo. Para México, las pequeñas islas eran vecinos estratégicamente importantes, pues la cercanía de territorios tan valiosos para aquellos países revistió gran importancia para su política exterior, que consideraba al Caribe como el sitio preciso para resguardar la independencia y la seguridad nacional.

Para explicar el interés geopolítico de México por Cuba, la historiadora Laura Muñoz afirma que entre México y el Caribe hay elementos importantes a considerar, por ejemplo, que en ambos territorios había recursos atractivos para gobiernos más desarrollados política y económicamente y en una fase expansionista, tales como su situación estratégica, su abundancia de productos primarios y los mercados que allí se podían establecer. También es importante destacar que la contigüidad geográfica y los intereses políticos y económicos, tanto de México



como de las metrópolis que tenían colonias en el área, posibilitaron una comunicación constante. Además, Cuba es la isla de mayor extensión en el Caribe, posee costas hacia Jamaica, Haití, Florida y México, además de contar con el inmejorable puerto de La Habana. Esas características han hecho de la isla un punto estratégico en la región, que la convirtió, también, en un centro redistribuidor hacia otras zonas del Caribe.

Enfrascados los representantes diplomáticos de México en consolidar la independencia frente a las grandes potencias del mundo y otros países importantes para tal fin, una de las tareas que requerían toda la atención era la de defenderse de una posible reconquista de España, que no reconocía la recién alcanzada libertad. Cuba adquirió entonces una importancia fundamental para México, para decirlo de manera muy general y breve. La excelente situación geográfica de la llamada *Perla del Caribe* la convertía en la base de operaciones militares de la metrópoli en América —desde la cual podía tanto proveerse de suministros como desplazarse

con facilidad a las costas continentales—. Era, de hecho, su única base en la región, puesto que había perdido el resto de las colonias americanas. Ya un año antes, el ministro estadounidense en España, John Forsyth, había advertido a su gobierno acerca de la posibilidad de que México y la Gran Colombia intentaran apoderarse de ella por puro espíritu de conservación y por seguridad ante España. Intranquilo, el gobierno de Washington tomó medidas y el Departamento de Estado puso en vigor una resolución del Congreso, fechada en marzo de 1819, que autorizaba a los comandantes de su flota a apropiarse de cualquier navío armado que cometiera alguna acción de piratería.

Esa resolución fue interpretada por Lucas Alamán como un simple pretexto para provocar una guerra con España, cuyo resultado fuera la transferencia de la isla al vecino del norte. Además, Alamán temía que a ese escenario se sumara la figura de Simón Bolívar quien, quizá al término de la lucha por la independencia del Perú, dedicara su atención a Cuba y



a Puerto Rico. Su preocupación no eran las islas por sí mismas, sino el impacto que esto podría tener para México en las gestiones para obtener el reconocimiento de la independencia.

Tal parece que estas circunstancias propiciaron la primera manifestación oficial mexicana sobre la cuestión cubana. En una nota dirigida al gobierno inglés, Alamán asentó que la política exigía del gobierno de México, que se dedicara a hacerse de dicha isla si era posible o, por lo menos, a hacer que quedara independiente, y que no se engrandeciera con tan rica posesión ninguno de sus vecinos. Con el tiempo, estos propósitos se fueron redondeando hasta concretarse en un deseo perfectamente claro. En instrucciones reservadas que la secretaría de Relaciones dio a Pablo Obregón, ministro mexicano ante el gobierno de Estados Unidos, y a José A. Torrens, ministro en Colombia, se les ordenó investigar la disposición en que se hallaba la población cubana para unirse a México, así como vigilar las miras de Colombia con respecto a esa isla.

En fin, la cuestión cubana era tema de debate constante entre gobiernos europeos y americanos, y durante toda la década de los años veinte hubo proyectos tanto de autoridades como de ciudadanos para encontrar la mejor forma de resolver el asunto antes de que se convirtiera en un peligro para las independencias recién logradas.

Uno de los personajes que mejor acogió el proyecto de liberar a Cuba para así proteger a México fue el general Antonio López de Santa Anna, que en 1824 era comandante militar de Yucatán. El militar mexicano planeó una expedición a la Gran Antilla, ya que, a su juicio, la independencia de la isla representaba, primero, un medio para desalojar a las fuerzas españolas que seguían posesionadas del fuerte de San Juan de Ulúa, que eran abastecidas desde Cuba y, segundo, que al ser despojada de su magnífica posesión en el Caribe, España perdería a la vez la base de operaciones para una posible expedición en contra de México.

El plan de Santa Anna causó preocupación en la prensa estadounidense. Publicaciones como *National Journal* y *Washington Gazette*



especularon que Inglaterra estaba detrás de sus planes o que las fuerzas unidas de Bolívar y de Santa Anna llevarían a cabo la empresa. Los rumores inquietaron a Alamán a tal punto que declaró que el militar había obrado sin instrucciones, y que esas ideas no eran más que un hecho disparatado contrario a la política que seguía el gobierno federal con respecto a Cuba.

Los planes de reconquista

Las noticias que llegaban de Europa hacían notoria la seriedad de las amenazas que representaban los planes españoles de reconquista. En la correspondencia de la legación de México en Gran Bretaña, por ejemplo, se encuentran notas alusivas a dichos preparativos. En una de ellas, fechada el 2 de mayo de 1826, se adjuntan “los trozos de algunos periódicos franceses relativos a la expedición que se prepara en España para la defensa de la isla de Cuba”.

La legación mexicana en Gran Bretaña estaba al pendiente de los movimientos

españoles para recuperar los territorios perdidos. Pronto se recibieron en México noticias de las acciones que ya se ejecutaban para la reconquista, como la siguiente: “El 10 de febrero salió de Cádiz para La Habana el navío Guerrero con 2,500 hombres, con estos miserables soldados creen muchos podernos conquistar y realizar un desembarco en Campeche ¡qué delirio!”. Ahora bien, aunque parecía que los peninsulares no tenían ya mucha fuerza, la preocupación no era asunto exclusivo de México, sino que otras antiguas colonias compartían el mismo temor ante los propósitos españoles, pues sabían que Cuba podía ser una zona estratégica para cualquier ataque.

Era entonces ese temor el que incitaba a pasar a la acción y por eso, los más destacados dirigentes hispanoamericanos sintieron la necesidad de aplicar medidas conjuntas para contrarrestar la política invasora de la península. Como parte de esas acciones, según un documento que se presentó en febrero de 1825, el gobierno de Perú hizo llegar al de Colombia y a México una circular por medio de la cual convocaba



a una reunión de la gran asamblea de los Estados Americanos en el istmo de Panamá.

Colombia respondió proponiendo los temas a discutir, y exhortó a proyectar una América unida fuertemente a los ojos de Europa, particularmente ante España, obligándola así a abandonar “sus delirios de conquista y a hacer la paz”. En la propuesta colombiana se sugería, entre otras cosas, resolver la suerte de las islas de Puerto Rico y Cuba con una combinación de fuerzas de todos para liberarlas del yugo español, y llamaba a discutir el contingente que cada uno en este caso debía contribuir para esta operación, y a definir si las islas se agregarían a algún país o si se les deja en libertad de elegir su propio gobierno.

El nuevo intento español

El gobierno español no renunciaba a sus planes de recuperar la rica colonia que unos años atrás había escapado de su regazo, y desde Madrid las autoridades cubanas recibieron la orden de continuar los esfuerzos

dirigidos a la reconquista; de hecho, tanto el gobierno de Vicente Guerrero, como el de Anastasio Bustamante, quien lo sucedió en 1830, se enfrentaron a una amenaza muy real. Hasta entonces, las autoridades mexicanas habían pensado que la manera de proceder de la Corona española sería enviar refuerzos a las tropas apostadas en Tampico desde 1829. Sin embargo, como asegura Harold Sims en *La reconquista de México. La historia de los atentados españoles, 1821-1830*, el gobierno español optaría por una expedición de mayores proporciones, que se encargaría de llevar a cabo un ambicioso plan.

En una primera fase, en octubre de 1829, España envió oficiales a La Habana para que interrogaran al capitán general Vives sobre temas como el material de guerra con que se contaba para emprender la reconquista de Nueva España y la cantidad de mano de obra y de abastecimientos que Cuba podía proporcionar sin arriesgar la defensa de la isla.

Atendiendo las órdenes reales, Vives organizó una Junta de Guerra que se re-



unió en diciembre de 1829 con el objeto de discutir las necesidades y los requerimientos indispensables para la reconquista de México. Finalmente, se formuló el plan de reconquista que se llevaría a cabo entre abril y finales de junio, para lo cual sugería contar con 25 000 hombres a España. Cuba sería el lugar de reunión de las fuerzas invasoras. La nueva expedición estaría encabezada por un mariscal de campo y dos brigadieres. Y en cuanto a los costos, se decía que ascenderían a unos quince millones de pesos.

Al conocer las noticias sobre el nuevo plan español, Lucas Alamán, ministro de Relaciones Interiores y Exteriores, emprendió una serie de acciones de defensa del territorio mexicano, pues todo parecía indicar que la ofensiva que se preparaba sería mucho mayor que la encabezada por Isidro Barradas.

El problema no se limitaba exclusivamente a las partes implicadas, sino que otros gobiernos fijaban su atención en el asunto. Inglaterra, por ejemplo, al conocer los planes españoles, mostró disposición

para proteger a sus representantes comerciales en México y Sudamérica, tratando de convencer a Fernando VII para que abandonara sus planes. Entonces, en 1830, a instancias de algunos de sus parlamentarios, el gobierno inglés volvió a intentar el camino de la mediación para ayudar a los Estados americanos a obtener el reconocimiento de la independencia, pero España seguía aferrada a recuperar lo que fue suyo y obstinada en las expediciones reconquistadoras. El gobierno inglés veía muy difícil que el monarca español reconociera la independencia de México, y así lo comunicó a Gorostiza.

Para proteger a México de la amenaza peninsular, Manuel Eduardo de Gorostiza retomó el caso Cuba, pues allí encontraba la mejor opción para poner fin de una vez por todas a las pretensiones de reconquista. Gorostiza recomendaba presionar a Inglaterra para que hiciera lo posible por obtener el reconocimiento español de las nuevas repúblicas.

Los ingleses habían decidido intervenir para modificar los planes de Fernando VII



de reconquistar a su antigua colonia. Sabían que el rey tenía el apoyo de muchos súbditos y que se habían despachado tropas hacia Cádiz, pero desconocían el momento en que tendría lugar la invasión. El delegado inglés en Madrid, Addington, recibió órdenes de advertir a ese gobierno que la expedición constituiría un peligro para otras naciones, que un ataque a México podría ocasionar un contraataque a Cuba, y que esta acción provocaría el levantamiento de la población esclava y la intervención de Inglaterra, Francia y Estados Unidos. Advertía a España que, en tal caso, su país no seguiría impidiendo que México atacara a Cuba.

Las noticias acerca del nuevo intento español de reconquista seguían llegando, lo cual llevó al ministro Alamán a pensar seriamente en la posibilidad de llevar un contingente a Cuba, con el objeto de distraer a las fuerzas españolas que allí se apostaban para así evitar definitivamente cualquier riesgo que atentara contra la independencia de México. Según Alamán, eso no se había hecho antes sólo porque Inglaterra había insistido en que se abstuvieran de tal acción y,



pese a que se habían atendido las sugerencias de los ingleses, estos no prestaron apoyo real; finalmente, la potencia europea respondió, según las palabras del propio Alamán “dejando caer sobre México todos los males de la guerra, que se le preparó de antemano desde el mismo punto”, desde Cuba.

Insistía Alamán en que las autoridades británicas no habían hecho nada real para impedir las expediciones españolas; por consiguiente, México podía pensar en atacar a Cuba de común acuerdo con Colombia, como se proyectaba desde años atrás. De hecho, cuando Simón Bolívar felicitó al gobierno mexicano por el triunfo sobre la expedición barradista, ofreció su cooperación para la invasión de Cuba, e indicó que era necesario para asegurar de una vez la independencia de los nuevos Estados de América.

Aunque Alamán entendía que era más conveniente para todos que Cuba se conservara unida a España —pues, ante el nuevo orden mundial, representaba mayor peligro para la región que la isla cayera bajo la influencia de Francia, Inglaterra

o Estados Unidos, porque eso afectaría el equilibrio político—, reiteró que era factible la invasión a Cuba por parte de México y Colombia, con el objeto de seguir presionando a Inglaterra, porque era indiscutible que cualquier alteración política en el área del Caribe afectaba los intereses de más de una potencia. De manera que, si el gobierno inglés quería evitar ese ataque, debía dar garantías de que España no mandaría soldados a Cuba para operar desde allí contra México.

El gobierno británico, en constante comunicación con el ministro Alamán, respondía a las inquietudes de México notificando el progreso de las acciones que emprendía para disuadir a España de sus planes y disuadía al gobierno mexicano de tomar cualquier medida que pudiese provocar o justificar una nueva agresión por parte de España.



La participación de Gorostiza

Fue entonces cuando entró en escena Manuel Eduardo de Gorostiza, ministro plenipotenciario de México en Gran Bretaña. Su participación consistió en que ideó un plan para terminar de una vez por todas con las pretensiones de reconquista española. Presentó a Alamán una estrategia para terminar con las aspiraciones españolas de conquistar de nuevo a México desde Cuba. Su propuesta consistía en simular que, finalmente, México había decidido invadir la isla caribeña.

La idea era mandar tropas a Yucatán, nombrar generales para ellas y hacer propaganda en los periódicos con el objeto de atemorizar al gobierno inglés, pues este, al igual que el de Estados Unidos y Francia, quería que Cuba siguiera en manos españolas. Se trataba, pues, de provocar a los comerciantes ingleses, quienes se verían afectados y podrían funcionar como grupo de presión ante el gobierno inglés.

Desde México, Alamán recomendaba a Gorostiza afianzar las relaciones que tenía con algunos de los más destacados miembros

de la asociación mercantil londinense, para que ellos influyeran con sus opiniones acerca de las dificultades que representaba para el comercio inglés tener relaciones mercantiles con un país que se veía constantemente amenazado, como era el caso de México. Gorostiza tenía tres tareas: fortalecer sus argumentos ante los comerciantes, insistir con su idea entre la oposición inglesa y divulgar lo que sucedía en México.

En 1830, Gorostiza escribió e hizo circular un folleto titulado *Cuba or the policy of England. Mexico and Spain with regard to that island* (Cuba o la política de Inglaterra, México y España con respecto a la isla), publicado en Londres. Un detalle importante del escrito es que Gorostiza no firmó con su nombre, sino simplemente como *un inglés* (an englishman). El propósito era llamar la atención de sus supuestos compatriotas (es decir, los ingleses), haciéndoles ver que la situación de guerra entre México y España era un gran obstáculo para el desarrollo del comercio y de cualquier actividad productiva para la antigua Nueva España. Los instaba a adoptar una postura en el conflicto, ya que,

lo que ocurriera del otro lado del Atlántico, sí les afectaba, pues podría tener serias repercusiones para los intereses británicos.

Desde su posición como “inglés”, aseveraba que “su país” podría encontrar en la política exterior los elementos para impulsar mucho más el comercio y las manufacturas, más aún que lo que se lograría con un nuevo acomodo interno de monopolios y subvenciones; si acudía a ellos, fortalecería y aseguraría la posición de la Corona con el aumento de sus marinos y diplomáticos. Por eso, agregaba Gorostiza en su papel de inglés, ningún tema era tan importante en ese momento para sus compatriotas como el referente a Cuba, pues, si se restablecía la dominación española en México por medio de esa isla, las transacciones comerciales entre Inglaterra y México serían nulas.

El objetivo fundamental de la estrategia era tener un aliado que impidiese a España utilizar a Cuba como base de sus operaciones. En el punto central de su exposición, Gorostiza cuestionaba si Inglaterra podía hacer algo para alejar esos peligros. Si así fuera, ¿qué tendría que concebir para no



violar el derecho de las naciones o colocarse ella misma en una situación peligrosa?

Se trataba de alarmar a los ingleses reflexionando sobre lo que podría desencadenar un ataque a Cuba, ya que, si bien la intención era ajustarse a los principios establecidos para la guerra entre naciones civilizadas, difícilmente se podría calcular el efecto que tendría entre los esclavos de la isla y en las islas vecinas.

El diplomático dedicó una parte de su texto a revisar los acontecimientos en México a partir de la salida de los españoles y la caída del imperio de Iturbide. Defendía que la actitud mexicana había respondido al temor de que Cuba se convirtiera en un obstáculo para su independencia, pues mientras siguiera en poder de España, el territorio mexicano siempre estaría inseguro y perturbado. Como “inglés”, escribió que los mexicanos propusieron invadir la isla porque sólo así podían conquistar su libertad y su tranquilidad.

Para Gorostiza, la no muy lejana expedición de Barradas y la presencia de fuerzas militares en La Habana justificaba

que México no desistiera de su defensa, y como, además, España no atendía a las recomendaciones de Inglaterra, lo único que podía hacer esta en tal situación, sugería el ministro mexicano, era no mostrar reticencias para que México y Colombia llevaran a cabo la guerra, si estos países contaban con las razones y el valor para hacerlo, y lo decía sólo para excitar la acción inglesa, porque había menos posibilidades que en 1825 de que estos dos países americanos se unieran para hacer algo contra Cuba.

Gorostiza, “el inglés”, incitaba al gobierno británico a pronunciarse al respecto, pues si en 1825 se había opuesto al plan conjunto de México y Colombia, el silencio actual ayudaba tanto a la causa de España como lo haría una declaración expresa a su favor, de manera que, si por cualquier razón quería evitar un ataque a Cuba, debía declarar de inmediato que ninguna expedición militar podría salir de Cuba o en contra de ella.

Paralelamente, dentro de esta campaña de simulacros, el diplomático mexicano pensaba que era importante llevar al efecto el envío de



tropas a Yucatán para generar información que convenciera a los ingleses de que en verdad había intenciones de invadir Cuba, para levantar en Londres “una polvareda entre los interesados en el tráfico con Cuba, que, por más que se diga, no quiere que sea atacada”.

Es muy probable que la posibilidad de una participación de Haití, que se suponía estaría al lado de México contra Cuba, haya sido lo que hizo actuar a Inglaterra con mayor firmeza, pues eso representaba una amenaza, tanto para los europeos como para los estadounidenses, debido a los intereses que allí tenían.

No se sabe con exactitud qué se opinaba en México sobre las acciones de Gorostiza; sólo se puede decir que en octubre de 1830 Lucas Alamán hacía extensivas al ministro en Londres sus esperanzas de que la situación de México cambiara al terminar la revolución que acaudillaba Vicente Guerrero, para luego, le decía, atender los asuntos de Yucatán y de Cuba.

Sin embargo, las esperanzas de muchos en que las cosas cambiaran para la joven

nación mexicana se vinieron abajo, pues las interminables luchas internas de la República sólo provocaron que la situación política, social y económica del país empeorara. La estabilidad gubernamental a la que Alamán pensaba que se había llegado en 1830 estaba muy lejos de alcanzarse. Ni México ni la Gran Colombia estaban en condiciones de invadir Cuba. En nuestro país no se sofocaba la rebelión de Guerrero, al mismo tiempo que el estado de Yucatán —de donde se suponía iba a partir la hipotética invasión— se había separado temporalmente de México. Mientras tanto, la Gran Colombia se encontraba en proceso de disolución, lo cual significaba que ninguno de los dos gobiernos podía poner en práctica el plan que Gorostiza impulsaba con tanto entusiasmo para terminar definitivamente con las aspiraciones reconquistadoras de la soberbia España.

Los rumores e informes de invasiones o de futuros preparativos no tuvieron ninguna base real después de julio de 1830. De un momento a otro, la Corona española cambió la política hostil hacia sus ex colonias. A



España le inquietaban sobremanera los acalorados sucesos ocurridos en París que, tras las elecciones de 1830, desembocaron en el derrocamiento del reinado de los Borbones, por lo cual se comprende que en ese momento importaba más su futuro en Europa que la recuperación del imperio perdido.

Finalmente, debe precisarse que México nunca llevó a los hechos ningún intento en contra de la isla caribeña, visto como está que el país se desgarraba por dentro y sus energías apenas eran suficientes para medio calmar momentáneamente los torbellinos que se desataban. Al paso de unos cuantos años, se limaron asperezas. La cuestión concluyó en 1836, año en que España reconoció la independencia mexicana.

Concluye la labor en Europa

Fueron excelentes los resultados obtenidos por Manuel Eduardo de Gorostiza durante su labor diplomática en Gran Bretaña. No se conocen con exactitud las razones que lo separaron de la legación en Londres;

posiblemente fue por motivos personales, porque en la correspondencia revisada en su expediente personal que resguarda el Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones exteriores de México, no se nota ningún malestar por parte del ministro de Relaciones Exteriores; antes bien, se ven notas de satisfacción por su trabajo. En uno de esos textos se hace referencia a que el presidente mexicano pretendía emplearlo en actividades más útiles, aunque no se precisa qué labores eran las que se le asignarían.

Máximo Garro, quien hasta entonces se había desempeñado como secretario de la legación, tomó posesión como encargado de negocios interino ante Su Majestad Británica el 23 de mayo de 1832. En enero siguiente, Bernardo González Angulo, secretario de Relaciones Exteriores, le extendió a Gorostiza sus cartas de retiro y le pedía que avisara a los gobiernos ante los cuales estaba acreditado.

En los documentos que contienen la información referente a su retiro oficial de la representación en Londres, el ministro de Relaciones de México expresaba la



disposición del Ejecutivo de facilitar, en la medida de lo posible, el establecimiento de la familia Gorostiza en México, que era lo menos que se podía hacer en forma de agradecimiento por la entrega que el diplomático había dedicado en los encargos oficiales que se le habían comisionado desde 1824, todos los cuales culminó con éxito.

En mayo de 1833, Gorostiza realizó las actividades que el protocolo diplomático imponía, es decir, se despidió del ministerio de Negocios Extranjeros británico, instancia que elogió la manera en que había llevado los negocios de su misión, y que lamentó la remoción como “una pérdida personal”, según asentó en documento oficial el ministro de Negocios Extranjeros de Su Majestad Británica, Lord Palmerston.

Sobre los planes para el futuro inmediato, Gorostiza escribía al ministro de Relaciones Interiores y Exteriores mexicano:

Me embarcaré con mi familia en este paquete, habiendo encontrado un amigo que me ha adelantado lo necesario y haré un viaje con la mayor economía, llevando de sus

gastos la debida nota. Las comisiones que he servido durante diez años han sido tan importantes, Sr. Excmo., y los fondos en cuya distribución he intervenido han sido tan considerables que no me ha parecido delicado ni patriótico el detenerme un solo día, a pesar de la bondadosa autorización del Excmo. Sr. Presidente don Manuel Gómez Pedraza para que pasara todavía en Europa todo el tiempo que pudiera yo necesitar para redondear mis asuntos de familia. Voy, pues, a México a vuelta de paquete. Allí tendré pronto el honor de presentar mis respetos al Supremo Gobierno, de ponerme a su disposición, de darle cuantas explicaciones e informes me pida, de rendir, en fin, mis cuentas [...]. Su excelencia los ha tasado sin duda en más de lo que realmente valen, no he hecho sino mi deber, y cualquier otro con mis medios hubiera hecho otro tanto. De lo que sí me pudiera gloriarse, Sr. Excmo., y lo hiciera a no conocer que había llevado también en ello otro deber, es de que en estos diez años, ni un acto mío, público o particular, ni una palabra, ni un pensamiento han dejado de ser mexicanos y republicanos.

Después de 40 años, Manuel Eduardo de Gorostiza pisó otra vez el lugar que lo vio nacer, Veracruz. El barco inglés *Shags*, en



el que viajaba junto con su familia, arribó a ese puerto el 25 de julio de 1833. Desde allí se comunicó con el canciller mexicano para manifestarle su intención de trasladarse lo más pronto posible a la Ciudad de México para ofrecer nuevamente sus servicios al gobierno del país, justo como lo había hecho años antes por medio de aquella misiva en la que solicitó a Michelena ser reconocido como mexicano, sólo que ahora, lo haría en persona y con su trabajo diplomático, que tanto benefició a México ante Europa, como carta de presentación.

Para resumir, los servicios que Gorostiza prestó para México en Europa, según consta en su expediente personal de la Secretaría de Relaciones Exteriores, fueron: cónsul general en Bélgica (1825), encargado de negocios de la República Mexicana cerca de S. M. el rey de los Países Bajos (1826), nuevamente encargado de negocios ante la corona británica (1829), enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en Londres (1830) —en este cargo cerró, en 1831, el Tratado de Comercio y Amistad con Prusia—. Un año más tarde,

llevó a buen fin las negociaciones que celebró con las Ciudades Hanseáticas, consiguiendo también la firma de un Tratado de Comercio y Amistad, y en 1832, participó en una Convención comercial con Baviera y Wurtemberg.



EPÍLOGO

En México

Al llegar la familia Gorostiza al puerto de Veracruz en julio de 1833, era presidente de México Antonio López de Santa Anna y Valentín Gómez Farías, vicepresidente. No transcurrió mucho tiempo para que, ya instalado en la capital del país, Gorostiza se entrevistara con el segundo, poniéndose a sus órdenes para desempeñar cualquier trabajo que se le encomendara. Después de platicar sobre la situación política que reinaba en el país, Gómez Farías le aseguró a Gorostiza que sin duda habría algún lugar adecuado para él dentro del ámbito gubernamental. En esa charla, salió a relucir la posibilidad de desempeñar el cargo de director de Teatro Principal, pues estaba acéfalo. Cómo no

pensar en Gorostiza para ese puesto, siendo él un hombre de letras y de teatro reconocido y con experiencia en esas artes. La idea parecía muy buena, pero por lo pronto, no se concretó nada.

Eran varios los rubros en los que Gorostiza podía colocarse como funcionario del gobierno. Surgía en esos momentos el interés por crear una Biblioteca Nacional, en buena medida gracias a los periódicos que casi diariamente presentaban esa idea a consideración del público. El proyecto se venía pensando y proponiendo desde hacía varios años. En el trabajo que realizó Lota Spell sobre la historia de la Biblioteca Nacional, indaga especialmente lo que se refiere a la fundación de ésta, y dice que desde 1820, José Joaquín Fernández de Lizardi se había empeñado en abrir una “Sociedad pública de lectura” y que, en mayo de 1833, cuando el diplomático estaba ya instalado en la Ciudad de México, la biblioteca de la Universidad se abrió como sala pública de lectura.

Entre otras las múltiples ocupaciones que tenía a causa de los constantes proble-



mas que se presentaban en el país, Gómez Farías buscó la forma de lograr que la institución deseada se hiciera realidad, pues él, como muchas personas, estaba convencido de lo provechoso que ello resultaría para la población. En ese sentido, el 20 de septiembre de 1833, nombró una Comisión de Instrucción Pública integrada por seis hombres competentes “para determinar qué cambios eran esenciales a fin de hacer de México una nación progresista”. Entre los miembros de dicha comisión, Gorostiza fue designado secretario, y apenas unos días después, se le nombró director general del Teatro Principal. Con esas disposiciones del vicepresidente comenzó la actividad de don Manuel Eduardo en territorio nacional.

La primera tarea que se encomendó a la Comisión fue la de elaborar un plan de estudios para las escuelas pertenecientes a la jurisdicción federal. Una de las medidas más importantes que se propusieron, y que luego aprobó Gómez Farías, fue la clausura de la Universidad y el nombramiento de una Dirección General de Instrucción Pública,

que, según quedó asentado en el Proyecto de organización de una Dirección de Estudios, dado a conocer el 18 de octubre de 1833 “[...] actuaría como autoridad central del sistema federal, ejerciendo una supervisión directa de todo lo relativo a educación pública y administrando un fondo educativo general que se constituiría con las rentas y con los productos de la venta de las propiedades secularizadas”. Por esos mismos días, la recién creada Dirección General recomendó a Gorostiza como la persona ideal para hacerse cargo de la Biblioteca Nacional en cuanto esta se abriera. Sí, recayó en él el cargo, y fueron muchos los quehaceres que el otrora diplomático emprendió en favor de la creación de la biblioteca.

Sin embargo, cuando por fin concluyó esa labor y se le dio el nombramiento oficial de director, en julio siguiente, el presidente Antonio López de Santa Anna promulgó un decreto en virtud del cual quedaban abolidos todos los cambios realizados por Gómez Farías. Santa Anna ordenó que todo regresara a su estado normal en un plazo de treinta días. De tal manera que la Biblioteca



Nacional no logró abrir sus puertas como estaba planeado.

Santa Anna, quien había dejado gobernar a su vicepresidente durante su ausencia, recibió las protestas de grupos en desacuerdo con las reformas liberales encabezadas por don Valentín. Sus disposiciones no sólo alteraron los planes acerca de la biblioteca, sino también muchos de los proyectos que se preparaban en el rubro de la educación, pues abolió la reforma del sistema educativo de la Comisión de Instrucción Pública, en la que Gorostiza había participado activamente. Ante tales eventualidades, don Manuel Eduardo se vio forzado a regresar a la vida privada y se dedicó por completo al escribir hasta 1836, cuando sus servicios diplomáticos fueron solicitados de nuevo.

En enero de 1836, se le nombró enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en Washington para encargarse específicamente del problema texano. Se le buscó a él para este asunto porque, desde que se desempeñaba como ministro en Holanda, en 1824, había observado y seguido con interés los acontecimientos que sucedían en

esa región. De hecho, en el libro *Cancilleres de México*, Ángela Moyano asegura que en aquellos años el diplomático ofreció algunas propuestas para solucionar ese conflicto.

Sus recomendaciones consistían, primero, en atender el asunto de la colonización a través de lineamientos bien definidos planeados desde el gobierno, es decir, fomentar la creación de asentamiento humanos en aquel territorio, pues esa era la causa principal de los problemas, el abandono en el que estaban aquellas tierras; para poder echar a andar esa urgente necesidad, sugería el establecimiento de un banco que facilitara el traslado y establecimiento de esa gente, que en su mayoría serían ciudadanos pobres a quienes se les debía ayudar con tal fin. Para alcanzar ese objetivo, el Congreso mexicano tendría que otorgar a dicha institución financiera buena tierra, para que en un plazo aproximado de 10 años se establecieran 3 000 familias extranjeras y 2 000 mexicanas. También sugería que se les dieran viviendas adecuadas, herramientas y ayuda económica a quienes fueran a vivir en aquellas tierras del norte de México, ya



que esa sería la única forma de garantizar que pudieran permanecer allí.

Algunas de esas propuestas hechas diez años atrás por Gorostiza se tomaron en cuenta para redactar la ley que se expidió en 1834, la cual pretendía llevar a Texas familias “pobres y honradas” que quisieran establecerse en aquella región. Lamentablemente, el proyecto de colonización fracasó porque, en general, a muy poca gente le interesó trasladarse a tierras tan lejanas.

La labor realizada por Gorostiza en Estados Unidos fue intensa. Se mostró siempre decidido a defender los intereses de México. En marzo de 1836 reclamó por la ayuda que el gobierno norteamericano daba a los texanos. De igual manera, en Washington protestó por el reclutamiento que se realizaba en varias ciudades de Estados Unidos a favor de Texas, pero ante la sordera de las autoridades estadounidenses, finalmente tomó la decisión de solicitar su pasaporte para regresar a México. Sí, su salida resultaba un tanto inesperada, pero quizá se percató de que era difícil hacer cambiar de opinión a los

vecinos del norte sobre lo que sucedía en Texas.

Antes de dejar aquel país, publicó un folleto en el que hacía un recuento de la actitud expansionista de Estados Unidos y del desprecio que demostraban por la soberanía mexicana. Las palabras de Gorostiza resultaron escandalosas. Su texto llegó hasta el propio presidente Andrew Jackson, y fue tal la incomodidad que provocó entre los norteamericanos en general, que el mandatario lo calificó como el insulto más grande en la historia de la diplomacia. Estaba tan molesto Jackson, que amenazó con retirar a su ministro en México, pero que más daba, si ellos no dejaban de insultar con su expansionismo voraz. Texas se separó de México.

Tiempo después, durante el gobierno de Anastasio Bustamante, Gorostiza fue ministro de Relaciones, cargo que desempeñó del 22 de diciembre de 1838 al 26 de febrero del año siguiente. Dejó temporalmente el cargo para atender otro caso de política exterior que requería a un experto: la *Guerra de los pasteles*. Conocida su habilidad



diplomática, fue comisionado para viajar a Veracruz con la encomienda de negociar el final del conflicto con Francia. En aquel puerto se hallaba el ministro inglés Richard Pakenham, quien se presentaba como mediador en el acuerdo que se efectuaría entre México y Francia, y el resultado de las gestiones fue que el 9 de marzo de 1839 se firmó por fin el Tratado de Paz. Gorostiza dio nuevamente muestra de su capacidad política, y junto con Guadalupe Victoria, ofreció el resultado deseado, que ponía fin al conflicto internacional. Volvió a la capital el 14 y continuó en su cargo hasta el 26 de julio de 1839.

Si bien la política y el teatro eran las actividades que absorbían casi todo el tiempo de don Manuel Eduardo, su espíritu altruista y su interés por los problemas de la sociedad lo llevaban a hacer propuestas en beneficio de ésta. Le preocupaban especialmente la juventud y las dificultades que vivían los muchachos de las clases desvalidas, razón por la cual entre 1841 y 1842, fundó una casa de corrección para jóvenes, según Roa Bárcena, la primera establecida en México, llamada

“Casa de Corrección para delincuentes”, que se echó a andar con recursos propios del fundador, pues el gobierno sólo lo apoyó con el local y la Compañía Lancasteriana con la escuela de primeras letras que hubo en el lugar, pero los gastos cotidianos eran sufragados por la cabeza del lugar.

En esa casa se daba enseñanza básica a los “corrigendos”, pero además se les preparaba en algún oficio, como hojalatería, sastrería, zapatería, carpintería e imprenta. Aunque en algún momento contó con el apoyo económico de unos cuantos amigos y de algunos comerciantes, no era nada fácil sacar adelante la labor filantrópica; con todo y eso, el establecimiento permaneció funcionando durante algún tiempo, pero cuando ocurrió la invasión norteamericana, desapareció.

Ni las ocupaciones políticas, ni las filantrópicas, ni las comisiones diplomáticas especiales eran motivo suficiente para alejar a Gorostiza de su pasión por la dramática. Impulsó el teatro por todos los medios a su alcance, ya fuera como aficionado, como artista o como empresario. Algunos lo consideran el restaurador del teatro en México y



uno de los maestros de la escuela neoclásica. Su amor por ese arte lo llevó a convertirse en empresario del Teatro Principal de la capital mexicana, desde donde consiguió traer a la primera compañía de ópera a tierras mexicanas, pero también se ocupó del arte en otros aspectos, dedicándose, por ejemplo, a la traducción de varias piezas extranjeras, como *Emilia Galotti*, del dramaturgo alemán Gotthold Ephraim Lessing.

Pero en un país que vivía constantemente violentado, ya por levantamientos internos o por agresiones extranjeras, Gorostiza difícilmente podía alejarse de la vida pública, de manera que nuevamente dejó temporalmente la cultura para responder al llamado de la patria cuando México enfrentaba una guerra desigual ante Estados Unidos. Pese a su edad y a que hacía mucho tiempo no usaba las armas, la vida lo puso otra vez en el campo de batalla, ahora para defender a México de las ambiciones del vecino del norte, que crecientemente dejaba ver su fuerza política y militar.

Ante el fracaso del diálogo y las derrotas de las fuerzas nacionales frente a las nor-

teamericanas, el ilustre literato quiso contribuir y organizó un batallón de artesanos denominado *Bravos*. Se aprestó a la lucha como en aquellos días de su juventud, aunque esta vez a la cabeza de los guardias nacionales en el convento de Churubusco de la Ciudad de México, saliendo al paso de los invasores.

Según algunos relatos, Gorostiza dirigía a la tropa con fortaleza y energía, animándolos al combate. Roa Bárcena narra cómo, ante el peligro de que resultara herido, su ayudante le suplicaba que se hiciera a un lado para que no quedara tan descubierto, a lo cual contestó: “Hijo mío, me quedo en mi puesto, porque en todas partes está la muerte”.

El resultado del combate fue la derrota para los mexicanos, y los jefes y oficiales de *Bravos* pasaron la noche como prisioneros en el mismo convento de Churubusco; al día siguiente, fueron llevados a San Ángel para confinarlos a otra prisión. Al llegar a la plaza del Carmen, el general Twiggs, quien iba al frente de los invasores, dio órdenes de que los prisioneros de menor grado serían custodiados en el convento del Carmen, y



que a los jefes y oficiales podría darles por cárcel el pueblo, siempre y cuando el general en jefe respondiera por ellos. Gorostiza se acercó inmediatamente al estadounidense y, hablándole en inglés, le espetó que sí, que él respondía por sus oficiales. La reacción de Twiggs, al saber quién era el coronel del batallón *Bravos*, mostró sus respetos descubriéndose la cabeza e inclinándose ante él, pues sabía que se trataba del diplomático que años atrás había enfrentado con arrojo al gobierno norteamericano, ahora convertido en soldado.

Los prisioneros quedaron en libertad al poco tiempo, aunque libertad a medias, como la de todos los mexicanos, pues la ciudad ya estaba ocupada por los invasores.

Poco después de aquella guerra injusta, Gorostiza enfermó gravemente, y ese carácter noble, recto, ameno y sutil que lo caracterizaba comenzó a cubrirse de amargura. Una de las causas fue, sin duda, la muerte de su hija Luisa que lo sumió en una profunda tristeza; pero también las dificultades económicas contribuyeron a mermar su ánimo y su salud. En ese contexto

de penurias y tristezas, Manuel Eduardo de Gorostiza murió el 23 de octubre de 1851 en Tacubaya.

Gorostiza fue un político sobresaliente en su tiempo y un importante precursor de la diplomacia mexicana. Su notable desempeño ante naciones europeas fue fundamental para la consolidación del México independiente —no sólo en el ámbito político, sino también en el económico— lo cual se hace patente con uno de sus mayores méritos, que fue concretar convenios y tratados con varias naciones europeas. Además de la herencia cultural que legó con sus obras literarias, también dejó su trabajo como diplomático con el que llevó la voz de México al mundo.



BIBLIOGRAFÍA

AGUILAR, María Esperanza, *Estudio bibliográfico de D. Manuel Eduardo de Gorostiza*, México, 1932.

ARRONIZ, Marcos, *Manual de biografía mexicana*, París, Librería de Rosa y Bouret, 1859.

BERRUEZO LEÓN, María Teresa, *La lucha de Hispanoamérica por su independencia en Inglaterra. 1800-1830*, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1989.

BLANCO GARCÍA, Francisco, *La literatura española en el siglo XIX. Parte 1ª*, Madrid, Sáenz de Jubera Hnos. Editores, 1891.



BOSCH GARCÍA, Carlos, *Problemas diplomáticos del México independiente*, México, El Colegio de México, 1947.

———, *México en la historia, 1770-1865. El aparecer de una nación*. México, UNAM, 1993, 147 p.

CAMBIASO, Nicolás Ma. de, *Memorias para la biografía y bibliografía de la isla de Cádiz*, Madrid, 1829.

CASTILLO, Florencio M. del, *Obras completas*, precedida de algunos rasgos biográficos por Luis G. Ortiz, México, Imprenta en la calle cerrada de Santa Teresa núm. 2, 1872, 449 p.

CHÁVEZ OROZCO, Luis, *Un esfuerzo de México por la independencia de Cuba*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1930.

DELGADO, Jaime, *España y México en el siglo XIX*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1953.

DE MARÍA Y CAMPOS, Armando, *Manuel Eduardo de Gorostiza y su tiempo. Su vida y obra*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1959.

FABELA, Isidro, *Los precursores de la diplomacia mexicana*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1926, núm. 20.

GOROSTIZA, Manuel Eduardo de, *Cartilla Política*, nota biográfica de Alonso Lujambio, prologada por José Fernández Santillán, Toluca, Instituto de Estudios Legislativos de la Legislatura del Estado de México, 1999.

Teatro, México, V. Agüeros, 1899, 2 vols., (Biblioteca de autores mexicanos, 22, 24).

Obras de Don Manuel Eduardo Gorostiza, México, V. Agüeros, 1899 (Biblioteca de autores mexicanos).

Indulgencia para todos, prolog. de Mario Mariscal, México, UNAM, 1942 (Biblioteca del estudiante universitario, 37).

Teatro selecto, edición, prólogo y notas de Armando de María y Campos, México, Porrúa, 1957 (Colección de escritores mexicanos, 73).

Don Bonifacio. La chimenea, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1990 (Colección Rescate).

HIDALGO, Delia, *Representantes de México en Gran Bretaña (1822-1980)*, México, S. R. E., 1981 (Archivo Histórico Diplomático Mexicano núm. 8).

JIMÉNEZ CODINACH, Guadalupe, *La Gran Bretaña y la Independencia de México. 1808-1821*, trad. Mercedes e Ismael Pizarro Suárez, México, Fondo de Cultura Económica, 1991.

LISS, Peggy K., *Los imperios transatlánticos. Las redes de comercio y de las revoluciones de*



independencia, trad. de Juan José Utrilla, 1ª edición en español, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.

LLORENS CASTILLO, Vicente, *Liberales y Románticos. Una emigración española en Inglaterra (1823-1834)* México, El Colegio de México, 1954 (Publicaciones de la Nueva Revista de Filología Hispánica III).

LÓPEZ DE ROUX, María Eugenia (coord.), *El reconocimiento de la Independencia de México*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1995.

MÉNDEZ REYES, Salvador, “El hispanoamericanismo de Lucas Alamán. (1823-1853)”, tesis de maestría, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1994.

MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, *Historia de la poesía hispanoamericana*, 2 vols., Santander, Aldus Artes Gráficas, 1948.

México y Cuba. Dos pueblos unidos en la historia.
Centro de Investigación Científica Jorge
L. Tamayo, A. C., México, 1982.

MUÑOZ MATA, Laura, “El interés geopolítico de México por el Caribe como espacio regional en el siglo XIX”, tesis doctoral, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, 2000.

OLAVARRÍA y Ferrari, Enrique de, *Reseña histórica del teatro en México, 1538-1911*, prol. de Salvador Novo, de la Academia Mexicana de la Lengua, 3ª ed., ilustrada y puesta al día de 1911 a 1961, México, Editorial Porrúa, S. A., 1961 (Biblioteca Porrúa, 21).

PEÑA Y REYES, Antonio de la, *Don Manuel Eduardo de Gorostiza y la cuestión de Texas. Documentos históricos precedidos de una noticia biográfica*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1924.



ROA BÁRCENA, José María, *Biografías*, en *Obras*, tomo IV, México, Imprenta de V. Agüeros, editor, 1902.

Recuerdos de la invasión norteamericana 1846-1848. Por un joven de entonces, México, Edición de la Librería Madrileña de Juan Buxó y Ca., 1883.

SIMS, Harold, *La reconquista de México. La historia de los atentados españoles, 1821-1830*, trad. de Lillian Seddon, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.

SOSA, Francisco, *Biografías de mexicanos distinguidos: doscientos noventa y cuatro*, México, Porrúa, 1985.

SPELL, Lota M., “La Biblioteca Nacional”, en *Historia Mexicana*, El Colegio de México, núm. 30, vol. VIII, octubre-diciembre 1958, pp. 449-473.

“Para la biografía de Gorostiza”, en *Historia Mexicana*, El Colegio de México, núm.

29, vol. VIII, octubre-diciembre 1958, núm. 2, pp. 230-235.

TABLADA, José Juan, “Don Manuel Eduardo de Gorostiza”, en *Noticias biográficas de los ministros de Relaciones de la Nación mexicana*, México, Tipografía “Artística” 4ª de Soto y 1ª de la Violeta, 1911, Boletín Oficial de la Secretaría de Relaciones Exteriores, pp. 288-292.

VÁZQUEZ, Josefina Zoraida, *México y el mundo. Historia de sus relaciones exteriores*, tomo II, México, Senado de la República, 1990.

Villaseñor y Villaseñor, Alejandro, *Biografía de los héroes y caudillos de la Independencia I*, México, [s. e.], 1962.

Ward, Henry George, *México en 1827*, trad. de Ricardo Haas, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, 203 pp. (Lecturas Mexicanas, 73).



WEBSTER, Charles Kingsley, *Gran Bretaña y la independencia de América Latina (1812-1830)*, trad. de G. E. Leguizmán, 1944, vol. I, pp. 14-15.

Fuentes de archivo

Todos los documentos consultados para realizar esta investigación forman parte del acervo del Archivo Histórico Diplomático *Genaro Estrada*, de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México.

Correspondencia diplomática de la legación de México en Inglaterra. Colección de documentos sobre diversos asuntos que formaban el Archivo de dicha legación. (L-E-2068, 2069, 2075).

Correspondencia de Manuel Eduardo de Gorostiza con José Mariano Michelena sobre su comisión ante los Países Bajos, Prusia y Dinamarca, para gestionar ante estos gobiernos el reconocimiento de la Independencia y el establecimiento de las

relaciones políticas y comerciales. (L-E-1578, exp. 2.)

GOROSTIZA, Manuel Eduardo de, Su expediente personal, 1825. (L-E-365, L-E-1763 (VIII), L-E-1800 (XII), L-E-1171).

Relaciones diplomáticas entre México y Suiza. Su iniciación por el encargado de negocios de México en los Países Bajos, C. Manuel Eduardo de Gorostiza. Todo lo relacionado con el asunto.

Gorostiza, Manuel Eduardo de, encargado de Negocios en los Países Bajos, inicia relaciones con las Ciudades Hanseáticas. (17-11-42).

Gorostiza, Manuel Eduardo de, Tratado de amistad, comercio y navegación entre México, Prusia y Ciudades Hanseáticas. Gestionado en Londres, Inglaterra entre los cc. J. Colguhum, Thomas Murphy y el citado. (14-3-53).



Ingresos y gastos de la legación en Inglaterra. Cuentas y datos durante la actuación de los ministros Eduardo de Gorostiza, Máximo Garro y Miguel Santa María. (14-3-9).

Esta edición en formato electrónico de

*Manuel Eduardo
de Gorostiza
Pionero de la diplomacia
mexicana*

de
Elsa V. Aguilar Casas

terminó de editarse en agosto de 2012,
y es un excelente
colofón a una de las tareas primordiales
del inehrm, la divulgación de la historia
de México con la edición de libros.

Y es que ahora y desde un servidor
electrónico, aspiramos a que conserves este
libro y se convierta en un reflejo que habrá
de multiplicarse a disposición de quienes
aman la lectura y buscan satisfacer la
curiosidad por nuestra historia y, por qué
no, para ser utilizado en tareas y consultas
escolares de todos los niveles.



Un ejemplar de la edición impresa se puede consultar
en la Biblioteca de las Revoluciones de México,
Plaza del Carmen núm. 27, San Ángel,
Delegación Álvaro Obregón, 01000, México, D. F.
Horario de atención: Lunes a viernes, 9:00 a 18:00 horas
bibliotecainehrm@sep.gob.mx
Teléfono 3601-1000, exts. 68315 y 68323
<http://biblioteca.inehrm.gob.mx/>

Dramaturgo, periodista y diplomático mexicano, fue el segundo embajador de México en Gran Bretaña a principios de los años treinta del siglo XIX. En Inglaterra, escribió un libro de filosofía política que tituló *Cartilla Política*. De regreso a México, colaboró con el gobierno de Gómez Farías, fue miembro de la primera Comisión de Instrucción Pública en el país y fundó la Biblioteca Nacional. Como dramaturgo, fue: director del Teatro Nacional y escribió varias obras, entre ellas, dos relativamente famosas: *Contigo, pan y cebolla* e *Indulgencia para todos*.

Fue embajador de México ante el gobierno de Estados Unidos cuando se inició la crisis de Texas en 1836. Posteriormente, fue Secretario de Hacienda con el presidente Anastasio Bustamante, y también con los presidentes Nicolás Bravo y Mariano Paredes y Arrillaga.

Gorostiza fue un hombre de su tiempo. Hizo mucho por su país en la época más inestable y difícil de la historia de México, los primeros treinta años de vida independiente.

